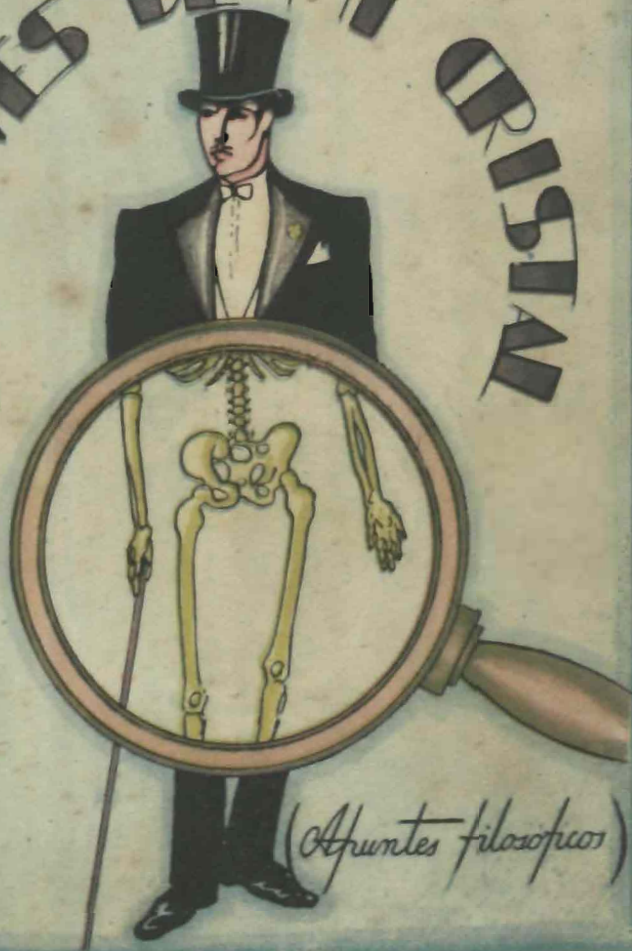


EDUARDO DE M. SARAVITO

TRAMES DE M. CRISTIAN



*(Apuntes filosoficos)*

GENEVA



860-3 Garavito Rodríguez, Eduardo 3

4.859

FCA  
SAL

EDUARDO GARAVITO RODRIGUEZ

# A TRAVÉS DE MI CRISTAL

(APUNTES FILOSÓFICOS)

*E. Garavito*

PRIMERA EDICIÓN

1937



TIP. SANS  
Castillo 75 y Alfaro 1  
Tenerife

6605248076

---

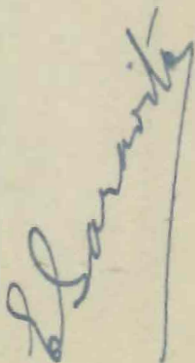
Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

Queda autorizada la publicación.—Delegado de Prensa y Propaganda: Ramón González de Mesa.—Santa Cruz de Tenerife, Abril 1937.—Hay un sello que dice: El Delegado en la Prensa del Archipiélago Canario.

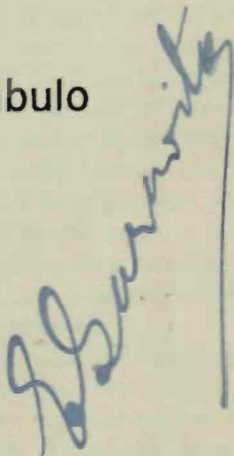
A los amigos que han sabido  
respetarme, y a las mujeres que  
me fingieron amor.

El Autor.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "S. Saravitz". The signature is written in a cursive style with a long horizontal line extending from the bottom of the name.



# Preámbulo







Lector: Quisiera poderte decir sin error el número de veces que he intentado escribir un libro. Y es que yo me he dejado influenciar en un grado superlativo por ese consejo extravagante que dice: «Nadie debe morir sin haber antes plantado un árbol, tenido un hijo y escrito un libro». Ya tengo el hijo; también planté el árbol, un alcornoque; sólo aguardo, pues, a la terminación de mi libro para suicidarme. ¡Con qué gusto voy a morir una vez cumplidos estos tres deberes fundamentales que han sido la pesadilla de mi vida!... Y después, que nadie venga a echarme en cara mis abandonos; a saber: cuentas del sastre, casero, tendero, etc.; que si no he pagado mis cuentas ha sido pura y exclusivamente porque no he tenido tiempo para más.

Aspiro, pues, a que en mi esquela mortuoria se haga constar esta nota explicativa: «Ha dejado de existir el hombre que tomó en serio el consejo que un amigo le diera, dando a la posteridad lo que la posteridad no le pudo dar a él»; que ya me las arreglaré yo en ultratumba con esta señora para saldar

la nimia ingratitud que la falta de correspondencia implica y para que sea con mis tres obras árbol, hija y libro—la benevolencia de mis semejantes y el perdón de la autoridad divina.

No soy como ves, lector, demasiado exigente. Sólo te hago este ruego: si pasas junto a mi árbol, riégalo; si junto a mi hija, respétala; si cae en tus manos mi libro, estúdialo. ¿Que dónde están mi libro, mi hija y mi árbol? ¡Oh! Nada importa para el experimento. Cualquiera árbol, cualquier mujer, cualquier libro... Es favor que te agradeceré eternamente.

\* \* \*

No va este libro dedicado a las niñas «peras» que sueñan en su castillo encantado con los amores románticos de un doncel imaginario que ha de surgir un día de las aguas cristalinas del lago de los milagros con pajarita y botines para conducir las al altar, ni tampoco a los pollos «bien», bigote a lo mentecato, que creen haber resuelto el problema de esta gran batalla que es la vida, engomándose el pelo; más bien a las mujeres que no ignoran que casarse es comer, y mejor aún, a los hombres que la vida zarandeo y fueron dando tumbos por el mundo, dejando en cada tropezón un girón de su alma. A ellos quiero, en particular, dedicar mi modesta pluma, porque sólo ellos pueden entenderme.

Que me perdone ese parásito de la sociedad que se llama «señorita» si no sé escribir para ella,

detalle que, dicho sea de paso, me produce una verdadera satisfacción. Prometo, «señorita», no obstante, aprender a escribir para ti; pero tú has de prometerme antes esta majadería: *Aprender a leer*.





# Un ejemplar curioso



Todos los autores de las novelas que yo he leído tienen la costumbre cristiana de bautizar a sus personajes. Yo me alejo de esta rutina apergaminada como de mi suegra, y no llamo por ningún nombre a los míos. Reconozco, sin embargo, que los que tal no hacen viven en un plano superior; pero da la casualidad que yo no tengo la pretensión de ser un hombre superior, porque ello, si yo no lo negara, me representaría pagar mayor cédula.

La superioridad a que aludo es la misma que puede existir entre un sastre de categoría que trabaja sobre medida para clientes determinados, y el pa-cotillero que confecciona trajes en serie de los que en Cuba, que es un país cómico, se designan con el término «apéame uno». Claro; que a veces nos encontramos ante el fenómeno curioso de ver cómo se acierta más con el corte libre que con el sistema métrico decimal, cosa que no necesita más profundas meditaciones, porque quién más, quién menos se ha visto alguna vez agredido en su «lámina» por los ases de las tijeras, lo cual, aunque no duele lo mismo

que un pisotón en un callo en período agudo, tortura mucho más, puesto que lo del callo es un dolor pasajero, y lo del sastre es un desastre perdurable, que la mayoría de las veces no tiene remedio.

En resumen: que confecciono personajes y personajillos en serie, los que expongo en mi escaparate, animándolos de un espíritu también en serie, lo cual ha de producir al lector el encanto irresistible al leerme de exclamar: «¡No cabe duda que es de mí de quien se trata!» Y a lo mejor, por esa insulsa razón, carga con él, siquiera sea para que nadie se pasee, lupa en mano, por las reconditeces de su fuero interno.

\* \* \*

El personaje anónimo que paso a describir, existió en un pueblo del mediodía de Francia. Ni alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco. Quisiera decir que estéticamente era un hombre vulgar. Sin embargo, en lo espiritual era un ejemplar rarísimo. Cometió, a pesar de esta característica, la «tontería supina» en que incurre el noventa y ocho por ciento de los hombres de todas las latitudes, incluso los que viven en las zonas más cálidas y gastan esa prenda diminuta y absurda que se llama taparrabo. Pero esta propiedad carece de importancia. También se denomina «paraguas» a ese artefacto inútil que sólo sirve para sacarle un ojo a los transeuntes, o para ponernos en ridículo cuando el viento nos lo vuelve del revés; y,



sin embargo, la Sociedad de Naciones, con ser lo que es, nada ha objetado sobre el particular hasta el momento de escribir estas líneas. Y de esta guisa tenemos, palmatoria por manivela, escupidor por escupidera y comedor por comedero, y otras muchas impropiedades más que no hay para qué nombrar, porque íbamos a causarle un disgusto mayúsculo a la República mejicana, que se imputa el *record* de las incongruencias por el hecho baladí de nombrar a los catedráticos de Patología médica por méritos de guerra.

Aunque no lo he dicho, presumo que el lector, al oírme hablar de «tontería supina», habrá imaginado que no puedo referirme sino al matrimonio. Pero esto no es lo fundamental.

\* \* \*

Un buen día nuestro hombre, cuya mujer era una provocación sensual, empezó a sentir el tormento olímpico de los celos. Los celos son algo que guarda relación estrecha con cierta especie de inadaptación orgánica, al pasar de cierto grado de la escala zoológica a otro grado inferior, desde luego. Esta teoría está científicamente probada por grandes eminencias. En nuestro personaje el fenómeno psicológico fué como un vértigo progresivo que lo llevó a los bordes del abismo, y, por último, a las cumbres altivas de la popularidad. Pero antes de llegar al pináculo de la fama, ¿cuánto no sufrió nuestro personaje?

Después de haber realizado una serie de extravagancias, pagar detectives americanos que espiesen a su esposa, seguirla por calles y paseos, ocultándose como los agentes de seguros tras las esquinas, e ingerir unas tabletas que resultaron por fortuna no ser venenosas, sino de Laxen Busto, decidió consultar a un abogado íntimo amigo suyo.

—Chico, esto que me ocurre es horrible.

El hombre estaba pálido, desencajado.

—Siéntate, repósate y dime qué diablo te ocurre.

—Verás. Tú sabes que me casé.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes? ¿Qué quieres decir? ¿Has oído algo?

—Eres un mentecato.

—Empiezo a creer que sí...

—Continúa.

—¡Oh! Es horrible... ¡Horrible!...

—Bueno; pues dejémoslo en horrible.

—¡Ah! ¿Tú también me compadeces? ¡Estoy perdido! ¡Me engaña!...

—Un momento: ¿Tú querías consultar con un abogado o con un alienista?

—No te burles.

—No me burlo.

—Estoy horriblemente celoso.

—¡Oh!

—Sin saber por qué me ha asaltado un presentí-

miento monstruoso. No sabes lo torturado que he vivido queriendo hacer un esfuerzo supremo para saber si mi mujer me engaña. ¡Oh! ¡Maldita inteligencia la del hombre! ¿A ti no te ha asaltado de súbito la necesidad imperiosa, formidable, inaplazable, de querer saber la verdad de una cosa, de un asunto, en un momento preciso? Y cuando te has encontrado, luego de haber recurrido a toda tu voluntad, a todo tu dominio, frente a las tinieblas, ¿no has tratado de rebelarte contra la inteligencia impotente con que Dios nos ha dotado? Si tú comprendieras mis palabras, apreciarías cuánto sufro.

—Contéstame esta pregunta. ¿Tú mujer es francesa?

—Legítima.

—Bueno; pues no puedo responderte hasta mañana lo que pienso de todo esto.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

El abogado consultó a su vez con un médico famoso. Este médico sintió curiosidad enorme por conocer el caso, realmente insólito en un país de «extremos refinamientos» como Francia.

—Veamos, veamos—decía el doctor colocándose sus gafas.

—Estoy agotado, doctor; no puedo más; esta tormenta interna no me deja vivir.

—Dígame: ¿es Vd. francés?



— Sí, señor.

— ¿Y sus padres?

— También, doctor.

— ¿Y no habrá habido en su árbol genealógico alguna mezcla de razas... por ejemplo, algún español pundonoroso, un tanto ridículo?

— No, doctor; soy francés cien por cien.

— No sé, realmente, qué pensar... Creo que lo mejor sería celebrar una consulta con otros compañeros...

— Entonces, ¿cree Vd., doctor, que mi caso es grave?

— Grave, exactamente, no; complicado, sí. En fin, procuraré estudiarlo con todo interés.

\* \* \*

Al día siguiente tenía lugar la consulta.

— Yo afirmo, queridos compañeros, que estamos ante un caso verdaderamente *épatant*.

— ¿Por qué no buscar la causa en el estado mental del paciente? —aconsejó un galeno barrigudo.

— ¿Y por qué no en el estado general? —terció otro.

— Señores, mi larga experiencia me dice, porque además he estudiado detenidamente la especialidad, que este sujeto, objeto de nuestras preocupaciones científicas, sólo padece una debilidad congénita del frontal que le indispone para cierta metamorfosis de tipo zoológico.

—¿Cree Vd.?

—Lo afirmo.

—No estoy de acuerdo con esa teoría.

—En nuestro suelo —objetó el más viejo—, según demuestra la Anatomía experimental, el hombre nace ya con la adaptación orgánica que le predispone a tolerar el aditamento sin molestia alguna.

—Y cuando no es así —añadió uno—, nace, por lo menos, con la propensión consiguiente que le ahorra todo sufrimiento, tanto físico como moral.

\* \* \*

La Ciencia, está más que probado, fuera de las complicaciones que crea, no tiene aplicación alguna. Creo que son los indios los que afirman que la Ciencia mata, lo cual, bien mirado, no deja de ser una verdad de Perogrullo. El personaje de nuestra narración, harto de teorías y tecnicismos, encaminó sus pasos, desesperado, a casa de su amigo el leguleyo. El hombre estaba ya en el paroxismo de la impaciencia.

Esto es insoportable, abominable; no me queda otro recurso que el suicidio. ¡Sabios! ¿Para qué servirán los sabios si la incertidumbre me mata?

Su amigo con calma:

—Incertidumbre. *That is the question.*

—¿Qué es lo que hablas?

—Nada; tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Dónde está tu mujer?

—En casa, supongo.

—Ve a verla y dile que venga a verme sola esta tarde.

—¿...?

—Y tú ven mañana a conocer el resultado.

La mujer del paciente visitó aquella misma tarde al abogado. Limitémoslo a decir que acudió a la cita a las cinco menos cuarto, y no abandonó el despacho hasta después de las nueve.

\* \* \*

El abogado acababa de entrar en su despacho tarareando una canción cualquiera. Sonó el timbre de la puerta, y un criado vino a anunciar que un señor, que daba muestras de gran impaciencia, deseaba verle. Aun estaba en la atmósfera del despacho flotando como un espíritu el perfume de la bella.

—¿Qué?...—inquirió el esposo, casi sin alientos.

—Todo aclarado: ¡Te engaña!

Un suspiro prolongado llenó la estancia.

Hubo una pausa que otorgamos a la reacción psíquica.

—¿Qué? ¿No estás tranquilo ya?

—Hombre—respondió suspirando—, no sabes el peso que me quitas de encima. Tú ignoras lo que es vivir bajo el agobio constante de una incertidumbre terrible: ¿Me engañará? ¿No me engañará? Te digo que es horrible.

—Pues nada, amigo; una vez deshojada la mar-

garita de tus dudas, a olvidar y a vivir. Ya sabes que tu mujer te engaña, que es lo que tú querías saber. Conque... no más preocupaciones. ¿Estamos?

—Estamos...

Se alejó vacilante. Inesperadamente retrocedió.

—¿Qué te ocurre ahora?

—Oye: ¿y mi honor?

— ¡Oh! ¡tu honor! ¡tu honor!... Me tienes ya harto con tu honor. ¿Tú crees que el honor de un hombre puede radicar en los «suburbios» de la anatomía femenina?

\* \* \*

El abogado reía a mandíbula batiente al leer aquella misma noche la polémica científica que el caso había suscitado. Ni debilidad congénita del frontal—concluyó—, ni debilidad nerviosa. Simplemente un caso vulgarísimo de incertidumbre...




*El Garraño*





# Paz, palabra vana





**C**aracteriza al ambiente de estos tiempos una saturación de odios y rencores. La intransigencia vase enseñoreando del mundo a pasos agigantados. Las naciones se apertrechan, y a nadie escapa lo que puede ocurrir de un momento a otro. Europa entera se estremece bajo el estrépito ensordecedor de los cañones. Brillan al sol y a la luna los cascos guerreros, y resuenan pasos firmes y uniformes de autómatas disciplinados... Son los ensayos para la futura guerra...

\* \* \*

\* Pero ¿no habíamos convenido en que los hombres no volverían a comprometerse en luchas fratricidas? ¿Y el pacto de Locarno? ¿Y la conferencia internacional de la paz? ¿Y la Sociedad de Naciones? ¿Y la idea? ¿Dónde está la idea? ¿No hemos, acaso, unos y otros, defendido un mismo

ideal, y no se ha acercado el hombre al hombre, el hermano al hermano en tal coyuntura, por encima del obstáculo de las fronteras?

\* \* \*

Suenan insólitamente las preguntas en el ambiente bélico de estos críticos momentos: ¡La guerra! ¡El triunfo del odio! ¡La incomprensión hecha pólvora! ¡Ejércitos, muchos ejércitos! ¡Hombres, muchos hombres! ¡Exterminio, ríos de sangre, carne humana flagelada, vértigo, locura! Esto es la guerra.

\* \* \*

¡Destrucción! Labor negativa. Anulación de una perfección social conseguida a fuerza de luchas internas, de desavenencias fraternales. Proceso retrógrado que aproxima el hombre a la bestia hasta confundirse con ella. Atavismo feroz que resurge en la Humanidad el instinto del troglodita. Esto es la guerra.

Sin embargo...

\* \* \*

Dicen que la guerra conviene, que sobran hombres, que es preciso una matanza eliminadora que allane el camino a los que sobrevivan. «Si el hombre es lobo del hombre —afirman—, no lo es por animosidad, sino por necesidad; mas la

vida —cabe objetar— no es un juego de damas o de ajedrez. Alguna razón superior, algún imperativo sublime de la Naturaleza ha colocado a los hombres, sin duda, en la corteza terrestre para algo más que devorarse entre sí.»

\* \* \*

Pasados algunos años, alguien escribirá la historia cruenta de una guerra más. El público, ávido de una verdad pacificadora, agotará brevemente las ediciones; los pueblos, exhaustos, la traducirán a sus idiomas como un lenitivo a su dolor recóndito. ¿Se desvanecerá por eso el fantasma de la guerra?

\* \* \*

Seguirán los años su carrera desenfadada, ahondando más y más en el abismo insondable del tiempo. Atrás, en la senda recorrida, quedó prendido en una cruz el recuerdo de lo que fué. Pero lo que fué un día resucita y vuelve a ser. Sobrarán hombres de nuevo, y habrá que allanar el camino a los que sobrevivan. Los clarines de guerra hendirán el espacio con indómita serenata.

¡Paso, una vez más, a los jinetes del Apocalipsis que vienen a «solucionarnos a cañonazos» el «gran problema»: el problema que la inteligencia del hombre no atina a resolver!...



# La vejez y otras cosas

*L. Haravitz*





**E**l hombre se ha caracterizado, desde el principio de la creación, por su afán desmedido de hacer tonterías.

Cuanto existe bajo la bóveda celeste ha ido sufriendo, a través de los años, transformaciones sucesivas, modificaciones ventajosas, perfeccionamientos prácticos. El hombre, en cambio, realizador de estos adelantos, continúa apegado a su arcaica característica como el avaro al oro de sus arcas.

El hombre hizo tonterías en la Edad de piedra, y las sigue haciendo hoy en pleno siglo XX. Y lo más patético es que no ha dejado de hacerlas en este lapso considerable de tiempo.

He a continuación una lista de alguna de las invenciones desagradables del hombre:

La raya del pelo.

Las suegras.

Los cuellos de pajarita.  
Las gabardinas de cinto.  
Los despertadores.  
Las coupletistas.  
Los niños «peras».  
Los bisoñés.  
Los caseros.  
Los charlatanes.  
Los calzoncillos largos.  
Las camisas de almidón.  
Las visitas de duelo.  
Las mujeres feas.  
Los bailes de etiqueta.  
Los agentes ejecutivos.  
Los conciertos de órgano.  
Los Jurados Mixtos.  
Las patadas en el vientre.  
Los maridos celosos.  
Las mordidas en la nuez.  
Los poetas malos.  
Los agentes de seguro, y  
Los viajes en motocicleta.

\* \* \*

Cruz y raya da a todos estos inventos el de  
la Cronología.

La Cronología es una ciencia que sirve para

amargarnos la vida, y para saber además que cuando un año termina, otro empieza.

«Año nuevo, vida nueva», reza un dicho popular. Hasta los dichos populares saben mentir.

«Año nuevo, vida vieja», debiéramos decir, ya que cada año vivido es una arruga más en el rostro, y una curva mayor en los hombros cansados. A veces también una herida más en el corazón...

¿Por qué conceder entonces tanta importancia a esta sucesión de años que sólo nos recuerda el tránsito breve de nuestra existencia y la edad que tenemos? ¿Por qué ese afán maldito de medir el tiempo?

Quiso el hombre probar, en su ansia de dominio, que nada escapaba a su inteligencia sutil, y cometió para ello la tontería mayor al someter la duración de su vida a una cuenta rigurosa. Satanás, que de todo hace mofa, le dejó obrar a su voluntad, preparando en el entretanto un sarcasmo diabólico que habría de causar a la Humanidad tanta tristeza, que jamás llegaría el hombre a arrepentirse bastante de su imprudencia. Y así fué.

Cuando más orgulloso se creía el hombre de su obra, se le presentó el diablo, y con una sonrisa entre burlona y despectiva, le dijo:

—¡Qué viejo eres! ¡Ya no sirves para nada!...

El hombre, al despertar de aquella alucinación, se encontró de pie frente a un espejo. Se miró en él, y, en efecto, se encontró envejecido, calvo, ridículo, inútil...

—¡Ya no sirves para nada!...—repetía un eco lejano.

Quiso rebelarse contra sí mismo, contra el diablo, contra el espejo, contra todo, y se encontró el pobrecito acorralado, vencido, extraviado en el callejón de única salida que es la antesala del más allá...

Intentó entonces parar el tiempo, detenerlo en su correr vertiginoso, aferrarse a un año fuertemente para no dejarlo escapar de sus manos, luchar a brazo partido con el carro de Cronos; mas, ¡todo en vano! El tiempo, coloso inmenso, dragón invencible, poco esfuerzo hubo de hacer para salir triunfante de lucha tan desigual. Y el hombre, al fin, cayó vencido al suelo; rodó por él hecho una piltrafa, y desapareció fugaz en la alfombra mágica de los años.

En tiempos de Edipo, hijo del rey de Tebas, un monstruo apostado en la ruta de la ciudad de

las Cien puertas, entreteníase en presentar enigmas a cuantos transitaban por el lugar.

El propio Edipo, de viaje en cierta ocasión, acertó a pasar por la ruta descrita. El monstruo con cabeza humana y cuerpo de león, le detuvo y le dijo:

—¿Cuál es el animal que camina a cuatro pies por la mañana, a dos al mediodía y a tres por la tarde?

Era fama que el monstruo devoraba a cuantos no acertaran sus problemas. El peligro agudizó el ingenio de Edipo iluminando su cerebro. En un momento pudo abarcar en su imaginación toda la realidad de la vida, y respondió con tristeza:

—El hombre.

Refiere la Mitología que el monstruo despedido se suicidó. A Edipo, que desde entonces perdió su buen humor por la verdad amarga que él mismo en un instante descubriera, no le faltaron ganas de imitarlo.

\* \* \*

La mujer teme más que el hombre el fantasma terrible de la vejez. Escucha, lector, esta narración histórica.

El contraespionaje francés había hecho una

presa más: la famosa Mata-Hari. Se la detuvo gracias a la confianza de un hombre a quien la artista despreciara. Para la instrucción del sumario hubo de ser sometida a un estrecho interrogatorio. Mata-Hari respondió a satisfacción a cuantas preguntas se le hicieron; mas, cuando el juez inquirió con acento grave:

—Mata-Hari, ¿en qué año naciste?

Esta respondió sin titubeos:

—Me habéis traído aquí para fusilarme y no para averiguar la edad que tengo...



# El cinismo de Eva

*Saravita*







Cuando Dios puso a Adán en el Paraíso, éste hubo de encontrarse a gusto en aquel edén primitivo. Dueño absoluto, y si dueño no, morador único, al menos, de tanta frondosidad y de tanta hermosura, sentiría dentro de sí un regocijo sin límites y una satisfacción singular, y hasta nos parece verlo paseando con su típico traje sin bolsillos de ninguna clase por los paseos aromatizados de aquel jardín bíblico todo armonía, todo paz y todo novedad.

¿Qué otra dicha podía desear nuestro padre común? Ignoraba todos los vicios que más tarde envenenaron a la Humanidad. Desconocía el placer —si acaso lo es— de beber; no sabía lo que era fumar; no cabía tampoco en su idiosincrasia de habitante único ansias de mando, ni de poderío; ni siquiera podía tener alardes vanidosos. En su sencillez, nada de particular tendría que hubie-

se llegado a envidiar el plumaje brillante del pavo real, y a sentir incluso el deseo de cambiarse por él. ¿No ocurre este fenómeno en la vida cotidiana de nuestro siglo veinte?

Así, al menos, imaginamos nosotros al Adán del Paraíso. Si Dios pensó después que Adán se aburría, fué únicamente por puro antojo del Creador. ¿Por qué iba Adán a sentir la nostalgia o el deseo de una compañera cuando ni siquiera sabía a ciencia cierta lo que él mismo era y representaba?

De una forma o de otra, el autor de la Creación creyó conveniente extirpar una costilla a Adán, y éste fué tan prudente que ni siquiera se quejó. Al menos los libros que yo he leído no hacen alusión alguna al dolor de nuestro padre, que debió tener, dicho sea de paso, un sueño extraordinariamente pesado, pues por muy dormido que estuviese, arrancarle a uno una costilla no es una tontería.

Tampoco dicen las sagradas escrituras si Adán se apercibió de la broma al despertar, y si protestó o no al sentirse descostillado. Por más que sobre este punto hay versiones diversas. Un historiador, cuyo nombre no recuerdo, afirma que cuando Adán despertó y se vió de

aquella manera, le dijo al Señor bastante molesto:

—Esto que has hecho tú conmigo es casi un crimen.

En fin: sea o no exacta esta leyenda, lo cierto es que Eva cayó rendida en los brazos de Adán como por arte de birlibirloque, sin que éste tuviese la menor idea de su papel en tales trances, ni de las palabras zalameras que convenía emplear.

—¡Adán! ¡Adancito mío! —decía Eva con zalamería — ¡Abrázame!...

—¿Quién eres tú? —preguntó Adán, atónito.

—¡Soy Eva, hombre! ¿No me conoces? La compañera que Dios te prometió.

Y se precipitó en los brazos de nuestro padre.

—Eva, ten formalidad —dijo Adán, grave.

—¿Me desprecias?

—Te digo que tengas formalidad.

—No seas tonto y aprovéchate; te traigo una manzana exquisita.

Adán se comió la fruta prohibida.

Momentos después enteróse el Señor de aquella desobediencia, y sin más preámbulos los arrojó del Paraíso; y conste que si se salió el Creador con la suya fué porque en aquella época no había Jurados Mixtos, que de haberlos habido, en el

Paraíso estuviéramos aún—, añadiendo luego el latinajo *pulvis es* de que nos habla la Historia.

Adán y Eva abandonaron el Paraíso. No hubo otro remedio. Se inició entonces la tremenda lucha por la vida. Lo de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» resultó ser una verdad muy grande. Eva esperaba diariamente en completa holganza—entonces no había calcetines que zurcir— a que Adán regresara con la pitanza cotidiana.

Un buen día—un mal día, mejor—lamentábase Adán de su triste sino, de su vida aperreada, y reprochábase a sí mismo su desobediencia al Señor. Entonces Eva, irguiéndose al tiempo de poner sus brazos en jarra, mira a Adán despectivamente y le dice:

—¡Desdichado! ¿Qué sería del hombre sin la mujer?

Tanto arte se dió aquella esposa, que consiguió que su marido le comprara, al cabo, un automóvil. Las cuentas de gasolina, aceite, gomas, *garage*, etc., como era natural, las pagaba el marido. ¿Se casa por azar la mujer para pagar deudas, o para incurrir en ellas?

Cuando una mujer adquiere un coche, pare-

ce como si se casara por segunda vez. Se entrega a él en cuerpo y alma. Su conversación gira siempre en torno al coche: «La magneto», «los caballos», «la bujía», «el arranque». Y hasta que no se estrella contra una vitrina, no se le vuelve a ver el pelo. El marido termina generalmente celoso del coche:

—Oye, hijita; bien está que pasees en coche, pero que te pases la vida fuera de casa y me abandones de esta manera, no me parece justo.

—Pero, hijo, ¿qué quieres que haga? Tú sabes que el tener coche implica ciertos compromisos. Debiste haberlo supuesto así al comprarlo; yo no tengo la culpa. A veces intento evadirme, pero no puedo. Hemos de ir al *golf*; luego al *tennis*; después vamos invitadas a casa de una de las chicas a tomar el té. Allí siempre surge alguna excursión. Oye: a propósito: como esta tarde tengo tantísimas cosas que hacer, pásate por casa de la modista y dile que me venga a probar mañana a las siete. Si ves al que te vendió los guantes, le dices que me quedan un poco grandes. ¡Ah! Procura ver al de la batería y suplícale que la tenga en carga hasta el lunes, y no te olvides, si ves al tapicero, de decirle que me busque, porque necesito hacerle unos encargos.

—Y si veo a tu marido, ¿qué le digo?

—Que es el hombre más idiota que he conocido.

\* \* \*

Dos horas después ocurría en la calle un accidente realmente curioso. Al dar la vuelta de una esquina, y debido a una mala maniobra, la mujer atropelló al marido. Se produjo la consiguiente alarma. Un agente de la autoridad increpa a la conductora por su impericia, saca la libreta y le pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

Entonces ella, poniendo zalamería en la mirada, y acercándose mucho al gendarme, le dice:

—No se ponga usted así; la cosa no es para tanto. Después de todo, ¿qué de particular tiene que una mujer casada atropelle a su marido?...



Masonería

L. Samuilo





Qué es la masonería?  
Un capítulo de las Mil y una Noches.  
La masonería está basada en el desdoblamiento de la personalidad.

El desdoblamiento de la personalidad es sinónimo del movimiento continuo o de la cuadratura del círculo.

El vulgo, llevado de su fantasía imaginativa, rodea a la masonería de cierta atmósfera de misterio, de romance, y hasta llega a suponer la existencia en los templos masónicos de algún poder sobrenatural que transforma o purifica a los hombres cual las aguas del Jordán.

La masonería guarda como oro en paño sus ritos. Sin teatralidad, la masonería sería un círculo de amistad o un ateneo.

Decir por ejemplo con sencillez en un templo masónico: «Es preciso obstaculizar la buena marcha del gobierno», parecería una supina vulgaridad de café.

Ahora bien; si eso mismo se afirma envuelto en cierta ceremonia, rodeado de determinada decoración, de determinado «aparato», la cosa varía grandemente.

\* \* \*

Reunidos los hermanos que forman el cuadro de la logia, el venerable dará algunos golpes sobre la mesa con el mazo; entonces el guardián del templo procederá a cerrar todas las puertas.

El venerable preguntará al primer vigilante:

—¿Cuál es vuestro primer deber en logia?

—Asegurarme—responderá el interpelado—de si el templo se halla a cubierto.

Acto seguido, el guarda interno se lanzará a una serie de manipulaciones ridículas encaminadas a descubrir si algún postigo quedó abierto.

El venerable preguntará de nuevo con mucho énfasis:

—¿Cuál es vuestro segundo deber?

—Asegurarme de si todos los presentes son masones.

—Aseguraos—dirá el venerable.

Y dando un golpe con el malleto, añadirá:

—En pie y al orden.

Los asistentes deberán hacer en presencia de los vigilantes el signo masónico.

—Hermano venerable, todos los sujetos que hay en el templo son masones.

El venerable lanzará entonces esta alocución:

Hermanos primero y segundo vigilantes, invitad a los obreros de vuestras respectivas columnas para que unidos a mí me ayuden a obstaculizar la labor gubernativa.

Y así nadie dudará de que hay, en efecto, que perturbar la labor del gobierno.

La masonería, aparte de ser una farsa más en la vida, es un producto de la sutil diplomacia británica; es el anzuelo de Albión que muchos pueblos se han tragado.

Arquímides dijo: «Dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo». Arquímides era de Siracusa.

Mas los británicos, diplomáticos sublimes, se hicieron esta reflexión: «Para que lo levantes tú, lo levantamos nosotros».

Y construyeron la palanca. Y buscaron el punto de apoyo. De ahí el compás y la escuadra.

Y realizaron la proeza.



Iniciábase en los secretos de la masonería un hermano ganado a las «miserias del mundo exterior». Con júbilo indescriptible congregáronse en torno a la mesa en forma de herradura—digna huella de la mula de Atila—los hermanos masones.

Pantagruelismo romano. Libación desmesurada.

De pronto una losa de silencio cayó sobre la mesa simbólica como desprendida del techo. El iniciado, erguido, descorchó su elocuencia eufórica y abundante como espuma de *champagne*. Dijo así:

—No olvidéis nunca, hermanos de mi alma, hermanos de mi corazón, que éste que os dirige la palabra en estos instantes es un hombre dispuesto al mayor de los sacrificios. Todo por y para mis hermanos; no sólo mi hacienda, sino también la sangre de mis venas. Tocad a mi puerta y os convenceréis.

\* \* \*

Un hermano, grado treinta, arrastrado por una ráfaga de circunstancias adversas, llamó a la puerta de quien en la noche de la iniciación mostrara tanto desprendimiento.

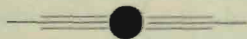
—Recurro a ti para que me saques de un apuro. Debo tres meses de casa y temo me desahucien. Si pudieras ayudarme, te lo agradecería.

—¿Y qué deseas? ¿Dinero?...—preguntó el novicio visiblemente contrariado.

—Cien pesetas, nada más.

El aprendiz de masón, subrayando sus palabras, remató el diálogo de esta suerte:

—¡Dinero no lo doy yo ni a mi padre!...



# Un paréntesis sentimental



A...

**A**ti, mujer, van dedicadas estas líneas salidas espontáneamente de lo más íntimo de mi corazón, al igual que brota el agua de la fuente, obedeciendo a las leyes sabias de la Naturaleza. Si no sabemos admirar la grandiosidad del fenómeno, y dejamos de beber el agua aun teniendo sed, imaginando que si el manantial nos da agua, nos la da con alguna finalidad malévol, no habremos conseguido otra cosa que poner de manifiesto nuestra ingratitud.

Cree, pues, mujer, en mis palabras sin temor ni suspicacia, porque no me guía el afán conciliador de expresarte sentimientos que no existen, ni rencores que no guardo. Voy a abrirte mi corazón, no sin ignorar que corro el riesgo de que me ocurra lo que al inglés del cuento. La primera mujer que leyó en él, murió de risa.

No sé si al terminar este capítulo, inspirado por

*L. Sarroik*

ti, habrán brotado de mi pluma frases y conceptos que pudieran halagarte o herirte. Ahora bien; lo que sí puedo afirmar, bajo juramento de honor, es que yo no diré otra cosa que la verdad de lo que sentí y de lo que *interpreté*.

Hacia tu corazón van, pues, dirigidas mis palabras como una confesión desnuda, sin otra finalidad, óyelo bien, que la de rendirte el homenaje justo que mereces por cuanto pudo ser y no fué, gracias al imperio de tu voluntad y al triunfo de tu recato.

Tuve al acercarme a ti, y en cierto modo me alegro por tu bien, la desventura de no ser comprendido. No me impulsó, sin embargo, un deseo prosaico. Quise poner en el juego, más que prosa, poesía; pero tú—gesto que no censuro—, inducida por una *psicología femenina que me precio de conocer*, diste a mis palabras una interpretación en la que probablemente había algo de lo que tú imaginaste; pero no en la forma que lo concebiste, ni en la proporción que yo lo quería determinar.

Obro siempre de acuerdo con mi conciencia. No quiero por eso negar que fui cruel en mis manifestaciones; pero tengo, no obstante, la tranquilidad espiritual de haber procedido en todo momento en *consonancia con mis sentimientos*. Si mi corazón jugó o no un papel en cuanto hice, casi estoy por decirte que *nada importa*; mas no por eso podrías afirmar que fué tan sólo mi cerebro. Yo, en cambio, puedo



decirlo de ti; tengo las pruebas. Pusiste el cerebro donde había que poner algo de corazón, y calculaste. Pero los cálculos no siempre son precisos. Por eso hubo error; pero no error mío como tuviste la pretensión de afirmar, sino tuyo, exclusivamente tuyo.

Yo sabía que existía una barrera, un abismo, si tú quieres, entre los dos. No obstante, ¿qué podía yo hacer? Tú, en cambio, acaso no empezaste sabiéndolo, y te diste a calcular. Un día probablemente adivinaste quién era el hombre al que tanto gustabas, y entonces, estoy seguro, hubiste de maldecirme. Si ello fué así, y tengo la más absoluta evidencia de que no yerro, ¿quieres decirme dónde está tu corazón en todo esto? Y si no es tu corazón lo que yo he estropeado, ¿de qué otro daño puedo serte deudor?

No se me escapa que habiendo adoptado la máscara de la hipocresía me hubiese cabido la suerte de seguir disfrutando de tu amistad y hasta de tu estimación, lo cual—no he de negarlo, porque a mí no me duelen prendas—representaba para mí una grata concesión; pero nadie hubiera podido garantizar que esa amistad, a la larga, aun mantenida por ambos en los límites de la mayor prudencia, no habría tenido para ti consecuencias amargas. Yo no era el amigo a quien se conocía casualmente, sino el hombre que te buscó con discreción durante años a quien tú agradabas. Si tú en lo íntimo de tu concien-

cia no lo reconoces así, cometes el pecado de la injusticia.

Pude, a ti te consta, haber adoptado esa posición; pero repito que mi conciencia rechazaba semejante vileza. Por eso no había para mí otra alternativa que la de perder una amistad que llegué a apreciar en un grado para ti imposible de imaginar. Por eso te escribí aquella carta, que no me arrepiento de haber escrito, ya que dentro del atolladero en que me encontraba, era el único camino leal que yo podía seguir. ¿Creiste, acaso, que yo desconocía los riesgos a que ella me exponía? Me equivoqué — esto es cierto — en el tono que empleaste; pero nunca en la repulsa que siempre aguardé. Ni tu porte, ni tu cara, ni tu mirada, ni tu bagaje moral, ni tu honestidad, ni lo que tú vales y mereces, podían hacerme caer en el error de suponerte una mujer asequible en el sentido impuro del término. No había, pues, razón alguna para que yo así lo creyera.

Nunca me reprocharé el daño que involuntariamente te causé, pero, a decir verdad, nunca creí — repito — merecer el tono agrio que pusiste en tu decisión. Pudiste haber sorteado el incidente con serenidad. No estabas ante un enemigo peligroso, sino ante un hombre que tuvo el gesto elegante de hablarte con una franqueza a la que tú, por lo visto, no estabas acostumbrada. Ello te dió pie para que te humillaras a ti misma concediendo a mis palabras una

intención perversa que estuvo lejos de mí, y suponiéndome unos propósitos persuasivos que ofendían tu virtud de mujer decente. Mi carta, quiero advertirtelo, más que una insinuación, fué una lección. ¿Te pedía algo en ella? ¿Te proponía algo?

Acepté, sin embargo, tu decisión. La acepté y la respeté. Si fué o no fué a costa de sacrificios, a nadie importa. ¿Y por qué crees que hube de aceptarla? ¿Porque no había acaso defensa posible para mí? No olvides que los juicios que formamos de nuestros semejantes son tan imperfectos e inexactos como los que nuestros semejantes forman de nosotros. Y es que nadie puede preciarse de poseer el don de la invulnerabilidad. Somos seres humanos llenos de vicios y equívocos. Tú afirmaste que yo estaba equivocado, y diste a tu criterio solemnidad de inapelable. Pero ¿es que nunca te asaltó la duda, precisamente por esa imperfección que nos caracteriza, de que tú también podías estarlo?

Además, aun en el supuesto de que yo hubiese pecado, ¿es que a los que cometen crímenes horribles no se les concede el derecho de defensa? ¿Intenté yo por azar ejercitar ese legítimo privilegio? ¿Crees que me hubieran faltado razones para defenderme? Nada de eso. Lo hice únicamente, exclusivamente, para darte una prueba más de la sinceridad de mi estimación y de mi deferencia hacia ti. Te concedí, como ves, la facultad soberana de juzgarme. Saber si

tú diste a mi actitud su justa interpretación, sería hoy para mí la compensación de los tantos sinsabores por tu culpa sufridos, y la recompensa justa a mi sacrificio.

Te sorprenderá, sin duda, que yo hable de «mi sacrificio». ¡Ah! Pero es que todo no ha de ser en el mundo como nuestro cerebro lo imagina. Las cosas son como son, y no como uno quiere que sean.

Si yo te hablara ahora de los trastornos que una mujer pudo ocasionar en mi vida; si yo te dijera que a punto estuve de perder la tranquilidad de mi hogar; si te afirmara que pude comprometer por tu culpa la felicidad o la tranquilidad espiritual de cuantos han compartido conmigo las vicisitudes de este mundo en que vivimos, y te descubriera que esa mujer fuiste tú, ¿qué dirías? ¿Me odiarías menos o me compadece-rías más?

Y no es que trate yo ahora de hacerte cargos. Sé que no eres responsable de estos fallos del corazón humano; pero quiero que sepas, si este libro en el que he puesto todos mis desvelos y mi mejor voluntad, llegare a tus manos, cuánto has representado para mí.

Mas ¡qué importa ahora todo esto!... Hoy, algo cansado de caminar por esta senda penosa del vivir cotidiano, sólo me interesa saber si he merecido tu perdón.

Lo demás... poco vale.

# Las mentiras de la Historia



LEYENDO la vida de Pedro I el «Cruel», me he enternecido. La Historia es injusta a veces. Para unos, Pedro I fué justiciero; para otros, cruel.

En este mundo, todo es según el color del cristal con que se mira... menos cuando le piden a uno prestados cinco duros, porque entonces no caben cristales ni filosofías de ninguna especie.

De todos modos, con Pedro I se cometió una injusticia que desinteresadamente estoy dispuesto a descubrir. Quiero empezar por destacar un hecho que entraña gran importancia para mi tesis. El cronista de la época era amigo incondicional de Enrique II el «Bastardo».

Esta circunstancia es de suma significación. La Historia es un producto de manufactura humana. Un ser imperfecto no puede crear una obra perfecta. Y así, por ejemplo, como el papel tiene

*de Saravida*

la peregrina virtud de soportar cuanto se vierte en él, vemos que conciencias inmaculadas son denigradas por la Historia, y seres viles ensalzados, en cambio, por ella.

Para que todo el mundo crea las especies lanzadas, bastará añadir: «Lo dice la Historia». Y entonces nadie discutirá.

Igual acontece con los periódicos. Se suele comentar los artículos de fondo de un diario cualquiera, y luego añadir: «Lo dice «El Debate», lo afirma «El Sol»; como si un trozo de papel, llámese «Sol», llámese «Debate», pudiera afirmar o decir. Más propiamente hablando debiera decirse: «Lo dice Fulano, o lo afirma Mengano», y entonces veríamos cómo las teorías pierden gran parte de su peso.

No cabe duda de que Pedro I el «Cruel» o el «Justiciero» es quizá uno de los reyes más injustamente enjuiciados. Adoleció—esto es verdad—del defecto de no saber gobernar. Pero ¿qué rey no tiene este punto flaco?

A los que hemos estudiado un poco de Historia no puede menos que causarnos sorpresa el hecho de ver que hubo un rey que pasó a la posteridad con el sobrenombre de Cruel. Lleno como está el libro de la Historia de matanzas horribles,



de fraticidios monstruosos, de crímenes horripilantes, ¿a quién no causa temor ver que un monarca mereció tal calificativo? La imaginación, en su afán de justificar el sobrenombre, resulta insignificante para concebir la magnitud de la maldad del hombre que llegó a merecer en una época casi bárbara un juicio semejante. Bajo esta impresión harto desagradable nos enfrascamos en la vida y milagros del referido rey. He aquí su mayor crueldad.

Pedro I tuvo la desdicha de contraer con una señora más falsa que un duro sevillano, y más infiel que Cleopatra: doña Blanca de Borbón.

Don Enrique II el «Bastardo» fué el culpable de todo el mal, y el que embarcó a su hermano en este embrollo, sin facilitarle siquiera un mal remedio para el mareo.

Resultó que doña Blanca y don Enrique se entendían a su manera, sin que hubiera valido para poner coto al abuso, repetir el trastorno del cambio de lenguas, cual hizo el Creador cuando la torre de Babel, pues la esposa infiel y el hermano bastardo habrían seguido entendiéndose como si tal cosa.

Pedro I, pese a su crueldad, dió lugar a recibir dos avisos acerca de los devaneos de su espo-

sa, y no dispuesto a que le dieran el tercero, tiró de daga y fué en busca de los traidores. Los encontró abrazados — en aquel entonces, aun cuando no se gozaba de gran cultura, ya se suponía que los brazos eran para abrazarse —, y en el preciso momento en que don Enrique, entusiasmado, decía a doña Blanca:

— ¡Negra mía!...

Doña Blanca, al ver a su esposo, tornóse amarilla; hizo repetidos esfuerzos por desmayarse; mas no pudo lograrlo, porque no había a su alrededor ni un mal sillón; y, además, porque no llevaba el relleno de la época.

Como era supersticiosa, sacó una moneda, la echó a cara o cruz; y como la suerte le aconsejara el desmayo, se tendió en el suelo cómodamente, no sin antes llamar a la doméstica para advertirle que no recibiría, aunque era viernes y primero de mes, porque pensaba desmayarse.

Don Pedro, no obstante esa fama de ogro que se le imputa, no devoró a su hermano ni mucho menos; se limitó a decir como un caballero español, desenvainando su daga:

— ¡Voto a tal que si te oigo llamar negra a mi Blanca, va a ocurrir algo trágico entre nosotros!...

Don Enrique, viéndose en trance apurado, empezó a vociferar:

—¡Denme una espada! ¡Pronto! ¡Una espada, que este tío me ensarta!...

En esto apareció el negro Du Guesclín, que no era el del alma blanca, sino un «malentraña» tremendo, quien al ver a su dueño y señor algo pálido, le trajo un poco de coñac, y le dijo:

—Confórmate con esta copa.

Du Guesclín reparó luego en doña Blanca, que exánime yacía en el suelo. Supuso que estaba sin sentido, y se aprovechó lo que pudo. Por cierto que al besarla le dejó el rostro embadurnado, pues resultó al final del cuento que el negro no lo era, sino pintado.

A todas estas, don Pedro y su hermano— ¡una joya!—se revolcaban en *pêle-mêle* por el suelo; pero Du Guesclín no hizo mucho caso de ellos creyendo que ventilaban sus asuntos de Estado. Don Enrique, después de varios recorridos por debajo de las mesas, tuvo que pedir auxilio:

—¡Du Guesclín! ¡Por favor! ¡Echame una mano! ¡Esto va muy mal!...

El Cruel se lo llevaba por puntos; pero el negro de mentirijillas intervino en el combate, poniendo método y prohibiendo los golpes bajos.

En esto se despertó doña Blanca, se miró al espejo para ver si estaba ojerosa; y al darse cuenta de que la habían pintado, lo tomó a mofa, y cogió un berrinche formidable.

—¡Sois unos bellacos! ¡Os aprovecháis de mi desvanecimiento para pintarme bigotes!...

Y luego furiosa:

—¿Quién fué el tunante que osó burlarse de mí? ¿Quién fué?

—Pedrito, chica — respondió el negro con acento cubano —. ¿Quién iba a ser?

—¡He de matarle!—vociferó doña Blanca.

—Espera, chica; no te molestes.

Y ahora viene la conocida frase del negro: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». E hizo cambiar la faz de los acontecimientos históricos, poniendo a don Pedro debajo y a don Enrique encima.

Don Enrique, sin detrimento moral para su prestigio, siguió disfrutando del amor de la pérfida; el negro, tan filósofo como siempre, y don Pedro, abandonado a la tumba fría, bajo el peso terrible de la acusación de una Historia que no le fué propicia. Así se levantan los falsos prestigios; así también se abaten las glorias verdaderas.

\* \* \*

Las injusticias de la Historia son nuestras propias injusticias llevadas al papel y al libro. Pero no es sano olvidar que nuestros juicios acerca de un semejante son en su totalidad susceptibles de error. Pese a la petulancia del hombre que siempre cree estar en lo cierto... sobre todo cuando le contrarían.

Conviene saber, además, que un simple defecto de óptica puede hacer ver a un hombre dos veces más cerca lo que otro hombre ve dos veces más lejos...

Y que por disputas de esta índole los hombres se calumnian.

Y se matan.

¿Con cuánta frecuencia, por defender nuestro punto de vista, rebeldes a la imposición de otro criterio, nos hemos visto cual el monarca castellano colocados por la calumnia y la intriga en situación de inferioridad ante el adversario?

¡Y es, lector, que así se escribe la Historia!...





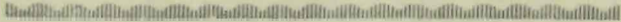
# El orgullo



*Saravillo*







Saber de qué época data este antipático y nefasto sentimiento, sería un dato interesante para mi archivo. He rebuscado libracos y papelotes en pos de tan curiosa información, y nada en concreto he hallado. Psicólogos y filósofos (buenos chicos) hay que lo sitúan en época antediluviana, y le da forma de animal en el Arca de Noé la Mitología.

A primera vista parece absurdo, no obstante, que el padre Noé pudiera sentirse orgulloso de su Arca (42.000 toneladas), por cuanto no había a la sazón otra nave por el estilo de la suya que hiciese las veces de término comparativo. El orgullo es una ciencia comparada. Sin embargo, Noé, gracias a su Arca, logró poner a salvo, según la Historia, de aquella catástrofe pluvial, la vida suya y la de los animalitos que le acompa-

ñaron; y este hecho en sí ya era motivo suficiente para dejarse tentar por el orgullo.

Al propio tiempo, ello le valió mi desprecio categórico por no haber dejado perecer en el agua a las moscas, a los mosquitos y a las cucarachas; pero como todo es relativo en la vida, recibió en cambio el agradecimiento imperecedero de los fabricantes de insecticidas. Y váyase lo uno por lo otro.

De suerte que, hecha esta salvedad, vamos a dar por cierta la aparición de una de las plagas de la Humanidad en la época del diluvio universal, toda vez que si la situáramos en otra época, el resultado sería el mismo a los efectos de la armonía astral, que continuaría sin darse por aludida, y para nosotros, en cambio, representaría la molestia, una vez localizada la época, de buscar el motivo para tan catastrófico alumbramiento.

Claro está que la gran suerte de Noé fué el no conservar la vida a través de los siglos para no morir de un berrinche al cruzarse en alta mar con el *Queen Mary*, lo cual le permitió morir beatíficamente con una sonrisa mefistofélica en los labios al ver que al pasar a la posteridad dejaba a sus sucesores un legado maravilloso que vino a

- 7.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene el pelo ondu lado.
- 8.<sup>a</sup> El orgullo del que posee un rostro de Adonis.
- 9.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene un bigote impecable.
- 10.<sup>a</sup> El orgullo del que no tiene bigote.
- 11.<sup>a</sup> El orgullo del que no tiene qué comer y no asiste a los banquetes gratuitos.
- 12.<sup>a</sup> El orgullo del que nunca trabaja.
- 13.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene callos en las manos.
- 14.<sup>a</sup> El orgullo del que bebe y no se emborracha.
- 15.<sup>a</sup> El orgullo del que se emborracha sin beber.
- 16.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene un encendedor que nunca falla.
- 17.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene fósforos en estos tiempos difíciles.
- 18.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene un hijo con talento.
- 19.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene un hijo sin talento alguno y no lo cree.
- 20.<sup>a</sup> El orgullo del que tiene un buen abrigo.
- 21.<sup>a</sup> El orgullo del que nunca siente frío.

- 22.<sup>a</sup> El orgullo de llevar pantalones.  
23.<sup>a</sup> El orgullo de llevar enaguas, y  
24.<sup>a</sup> El orgullo de llevar ambas cosas.  
He aquí las clases de orgullo más comunes.

\* \* \*

El orgullo ha perdido a muchos hombres. Muchos hombres pueden ser un pueblo.

El orgullo es como un astro brillante y deslumbrador que al cegar a los hombres los precipita en el abismo. Unos, al verse hundidos, logran desentrañar una enseñanza y hasta sienten en su corazón el remordimiento de su gran estupidez. Otros, aun en el fondo del abismo, intentan conservar enhiesto como el palo de una bandera el monumento de su orgullo. Tanto peor para ellos. Son de arcilla, y no lo saben. ¡Pobres ignorantes! ¡Ah! Si nuestros ojos tuviesen la propiedad de los rayos x, ¡cuántas torres abatidas! ¡cuántos castillos demolidos!...

El rico desprecia al pobre por orgullo. Y la mansión lujosa del opulento se yergue despectiva sobre la choza humilde del pordiosero, por orgullo también; mas ¿obedece a algún principio ultraterreno, tiene alguna relación con las leyes naturales el hecho de la posesión de bienes mate-

riales? ¿O es tan sólo una circunstancia puramente accidental? El hacendado ¿por qué abarca tesoros? ¿Es acaso el fruto de su trabajo? ¿Qué pueden valer los goces y el poderío de las pingües fortunas junto al santo jornal, fruto honesto del trabajo? Por eso se ha inventado el orgullo: para dar valor a lo que no lo tiene; para realzar a los que nada valen; para destacar a los cretinos y paranoicos que nada producen... pero que llevan títulos. Sin el barniz del orgullo, ¿qué sería de esta plaga de la sociedad?

Prestos a rendir homenajes, yo me inclinaría gustoso ante la inteligencia por lo que ella crea de útil para la Humanidad. Pero si un hombre de cerebro—confieso que no es probable que tal ocurra por cuanto la inteligencia y el orgullo no son buenos amigos—me mirase con desprecio, tampoco me inclinaría yo ante la inteligencia. Marconi, Edison, Pasteur, Cajal y otros han hecho a la sociedad aportaciones de un valor incalculable. Los que nada hemos inventado, debemos indudablemente a los inventores este *confort* con que vivimos. De no haber sido ellos, aun estaríamos en ruda lucha con los elementos. No obstante, ni Marconi, ni Edison, ni Pasteur, ni Cajal tienen por qué estar orgullosos. Por encima de sus

ingeniosos descubrimientos está una obra de mucho mayor mérito: la del inventor que los inventó a ellos...

Un marqués que viajaba por placer y su ayuda de cámara que le acompañaba, porque no tenía otro remedio, perecieron en un accidente de aviación. Entrados que fueron en la vida espiritual, entablaron el siguiente diálogo:

—Como aun quiero descansar un poco, has de ir al cielo a decir a Dios que esté preparado a recibirme, que a las cinco, luego de la siesta, pienso entrar en sus dominios; y que procure evitarme molestias en los trámites de inscripción.

—El señor marqués olvida que en el cielo no cuentan los pergaminos.

—Haz lo que te digo —profirió el marqués. Luego añadió:

—Y si es verdad que no cuentan mis pergaminos, entonces puedes decir a Dios que no me espere.

—¿Manda algo más el señor?

—Nada más.

El ayuda de cámara se fué a través de las

capas atmosféricas hasta las puertas del cielo. Tocó. San Pedro acudió a la llamada.

— ¡En el nombre del Padre! ¿Qué quieres?

— Vengo en nombre de mi señor el marqués a decirte que a las cinco se dignará entrar en estos dominios.

— ¡Caso insólito!—murmuró San Pedro—. En el cielo, buen hombre, no ha entrado jamás un marqués, ni un duque, ni un conde... Entra, entra y te convencerás.

Caminaron lentamente a lo largo de una ancha galería; desembocaron en un salón inmenso.

— ¿Sabes lo que es esto? —inquirió San Pedro.

— No, señor.

— Pues esto que ves es el cielo. Mira a derecha e izquierda: Trabajo; trabajo sano y alegre; trabajo que redime... Todo son talleres como puedes comprobar. Allí están las fraguas; aquí, los herrajes; más allá, los útiles de labranza. Te sorprende, ¿verdad? No me extraña; en la tierra se abriga la creencia de que el cielo es vida regalada y placeres.

— ¿Y en qué consiste la dicha de esta gente? —interrogó el ayuda de cámara.

San Pedro alzó la mano en ademán hierático, señaló a la pared y respondió:

— Lee aquella inscripción.

— «No desees a nadie lo que no quieras para ti».

— ¿Crees ahora que un marqués podría convivir aquí? — inquirió San Pedro.

— Con franqueza, señor; la prueba es dura.

— Pues ve y cuenta a tu amo cuanto has visto... Y ya sabes — añadió San Pedro — donde dejas tu casa. Bienvenido serás a la casa de Dios si vienes solo.

Cuando el ayuda de cámara llegó al lugar donde se hallaba el marqués, éste le increpó duramente:

— ¿Dónde diablo te has metido?

— Señor, cumplía su misión...

— Ya no podré estar en el cielo a las cinco.

— No se tome el señor esa molestia.

— ¿Qué insinúas?

— En el cielo no quieren a los marqueses.

— ¡Vive Dios! Que no voy a tolerarte esa insolencia.

— Señor, os refiero textualmente lo que me han dicho.

— ¿Quién ha osado proferir esa especie?

— San Pedro, señor.

— San Pedro ignora mi influencia.



Un espíritu desconocido terció en la cuestión.

—¿Por qué maltratas a tu servidor? ¡Responde!

—¿Y por qué he de responderte?

—¿Sabes quién soy? —interrogó amenazador el espectro, que exhalaba a su alrededor un hálito frío.

—No lo sé, ni me importa.

—Soy la Muerte...

—¡Oh! ¡Perdón!... —dijo el marqués al tiempo de posternarse.

—Ven conmigo —ordenó la Pálida—. Entra en ese mausoleo lujoso. ¿Qué notas?

—Un olor nauseabundo.

—Es tu cuerpo.

—Desciende a esa tumba humilde. ¿Qué observas?

—El mismo olor.

—Es el de tu ayuda de cámara.

El espíritu se desvaneció.

En los ámbitos místicos del más allá, una voz misteriosa repetía:

que en esa fría tierra del camposanto  
al lado del humilde que despreciamos tanto  
abierta nos espera la tenebrosa tumba.

# Flaquezas humanas





**L**as flaquezas humanas, amén de innumerables, son susceptibles de adquirir proporciones inusitadas.

Si escudriñamos minuciosamente en este tema nos encontraremos ante una realidad incontrovertible: la criatura humana no ha logrado salir entera de la tribu.

Tenemos albergado en los recovecos oscuros de nuestra alma un salvaje pintarrajeado que menea las caderas y come pasta de afeitarse.

¿No habéis visto a esos niños «dandies» que van por las calles contemplando el brillo de sus zapatos? ¿Y a esos otros que se hinchan de regocijo viendo sus formas elegantes reflejadas en la luna de los escaparates? ¿Y quién no ha observado las maniobras de la mujer que ronda día tras día la vitrina de un almacén de novedades subyugada por el encanto irresistible de alguna moda reciente?

Que obedecemos a la fuerza atávica de los habitantes de la tribu es un aserto que no admite objeción. ¿Qué explicación tendría, si no, el uso de la corbata, de la gabardina con cinto, del abrigo de pieles, de las joyas, de los botines y del disfraz carnavalesco, serio y pretencioso?

Si empezáramos ahora a enumerar una por una las flaquezas humanas, no tendríamos espacio suficiente en este volumen. Baste con decir que el hombre se deja crecer el bigote porque cree estar guapo con él; y que se lo recorta a lo cineasta por creer que está más guapo aún.

Ofrezco a los lectores incrédulos el siguiente experimento: deslicémonos con sana discreción en la alcoba de una dama a la hora de habillarse con sus mejores galas. Quiero confesar antes que no intento poner un átomo de picardía en la escena. La señora está frente al espejo tratando de someter su cuerpo ya voluminoso a la tortura implacable de una faja. Oculta sus pies, luego, en unos zapatos angostos, de alto tacón, que no le dan mucho equilibrio, pero añaden prestancia a su conjunto. A continuación, el vestido.

La mujer se viste por la cabeza. Sin pensarlo casi me doy cuenta de que ésta es en la mujer otra de las pocas finalidades de tal extremidad.

No soy partidario del desnudismo, pero ante un traje de mujer he sentido siempre el mismo desconcierto que ante un jeroglífico. Le falta tela por algunos sitios y le sobran atributos por otros. Sin embargo, hasta este momento la escena no es enteramente despreciable; mas ahora viene el triste remate: el sombrero. Si la mujer pudiese apreciar al tocar su melena con un sombrero en qué medida arruina su vida, huiría de esta prenda como de Satanás.

Juanita, Pepita, Lulú, Nivaria, ¿os acordáis aún de mis desvíos? Es que gastábais sombreros. ¡Y qué sombreros, lector!

Hemos abandonado a nuestra dama en el momento más difícil de sus faenas de tocador. Cuando volvemos a ella la encontramos dando los últimos toques a su «toilette». Ha cubierto su cabeza con un sombrero absurdo. De la parte posterior sube erecta hacia el espacio una pluma de ave en forma de interrogación, como preguntando: ¿Por qué estoy yo aquí? Las alas dan una idea exacta del cura de aldea. El aspecto de la señora es deplorable. Mirarla produce el mismo malestar de un cuerpo extraño que se nos hubiera adentrado en un ojo.

Pero ella se cree guapa...

Se mirá y se remira en el espejo, al tiempo de decirse:

— ¡Qué bien estoy!

No puedo resistir por más tiempo el mal efecto, salgo de mi escondrijo y le aconsejo:

— Señora, quítese Vd. ese sombrero por lo que más quiera; está usted haciendo el ridículo.

— Pero, ¿qué dice usted?

— Señora, ese sombrero es una birria. Todos los sombreros lo son, pero ese más que ninguno.

— Pero, ¿qué dice Vd., criatura? — repite —. Si el sombrero es la mejor prenda de vestir que lleva la mujer.

Su respuesta me descorazona; no me hace caso y se lanza a la calle sin protección. Mis ojos la siguen. Poco a poco su figura se va desvaneciendo... Tengo una alucinación; veo delante de mí, una vez más, haciéndome guiños, al salvaje pintarrajeado que menea las caderas y come pasta de afeitar.

\* \* \*

¿Veis a ese hombre que marcha con paso decidido y gesto arrogante de conquistador invencible? ¿Sabéis adónde va? Va a retratarse. Ha te-

nido un arrebató de auto-apreciación y se ha dicho para su capa:

— No puedo menos de retratarme; merezco una fotografía.

Y acto seguido se ha comprometido en la delicada tarea de escoger «poses».

Pose número 1.-Los brazos cruzados, un poco ladeado el cuerpo, dura la mirada por encima del hombro.

Pose número 2.-De sombrero y gabardina, encendiendo un pitillo con cierta indiferencia.

Pose número 3.-Sentado en un butacón, aire de abandono, extraviada la mirada.

Pose número 4.-Las dos manos asiendo la pierna por la rodilla, la cabeza inclinada hacia atrás, fija la vista en el espacio.

Pose número 5.-Pelo brillante, la barbilla apoyada sobre las manos entrelazadas, vagando por los labios una sonrisa burlona.

El hombre del gesto arrogante de conquista-



dor invencible ha escogido la pose número cuatro. Llega por fin al taller fotográfico.

— El señor dirá.

— Vengo a retratarme.

— Muy bien. Por aquí.

El fotógrafo inquiere:

— ¿De pie o sentado?

— Sentado.

— Vamos a ver— le dice el fotógrafo, al tiempo de indicarle la pose.

— No, no; traigo mi pose; gracias.

— ¡Ah! Muy bien. Colóquese usted, entonces.

El hombre tose un poco y prepara su pose.

El fotógrafo ríe por dentro; el cliente contiene la respiración.

— ¿Qué le parece a Vd.? — pregunta.

— Admirable; netamente admirable. Solamente debe enderezar un poquitín la cabeza.

— ¿Así?

— Exacto. Sonría ahora.

— No; esta pose no admite la sonrisa.

— ¡Ah!...

— Si; es un momento de alta meditación.

— Muy bien. Atención un segundo. Ya está.

— ¿Cree Vd. que saldré bien?

— No lo dude Vd.

— ¿Cuándo puedo ver las pruebas?

— Vuelva Vd. mañana.

El hombre de la pose número cuatro llega al taller ansioso de ver las pruebas de su fotografía.

— ¿Le gustan? — pregunta el fotógrafo.

— No sé; no me agradan del todo; encuentro que no he salido bien.

— Podemos repetir, si no le agrada. En esta casa sólo aspiramos a dejar satisfecho al cliente.

— Vamos a tirar otra placa, entonces.

La escena se repite.

Esta vez el cliente ha quedado satisfecho; su preocupación desaparece. Respira, al fin, contento y orgulloso.

— ¡Ahora si he salido bien! — exclama.

Se acerca optimista al fotógrafo y le pregunta:

— ¿Hay que pagar algo para que le pongan a uno en el escaparate?...

Otra vez delante de mí ese maldito salvaje pintarrajeado, haciéndome guiños...





# Castidad



Sarrate

**S**i las mujeres comprendiesen el ridículo que hacen presumiendo de castas, serían un poco más razonables. Siempre es una mujer la que enseña al hombre a poseerla. Adán devoraría con más o menos fruición la manzana; pero está más que probado que fué Eva la que se la ofreció. ¿Quién dijo a Eva que ella guardaba un fruto comestible? Las sagradas escrituras culpan a la serpiente. Y si ambos estaban dotados de órganos cuya función es complementaria, ¿por qué sancionó Dios el acto bíblico? ¿Y por qué dijo Dios a la especie humana: «creced y multiplicaos», si en los mandamientos de su ley advierte «no fornicar»? ¿Es que existe algún procedimiento ignorado para la multiplicación de la especie, salvando el acto grotesco y bestial de la copulación? Sea como fuere, la mujer corrompió al hombre. No obstante, cuando el hombre, seducido por los

encantos de una mujer, se dispone a demostrar a ésta prácticamente todo el ardor de su deseo, la mujer finge ofenderse y protesta: «¡Caballero! ¿Por quién me toma Vd.?» Pero la mujer en lo más íntimo de su ser, ríe satisfecha de haber despertado en el hombre aquella incandescencia.

¡Ah! ¡La astucia sutil de las hijas de Eva!

La mujer es sagaz; el hombre es necio. A veces creo que merecemos cuanto nos sucede.

Las mujeres pueden dividirse en cuatro grupos; a saber: las que se entregan por amor al arte; las que piensan en casarse; las que buscan protección, y las que se enamoran de verdad.

El hombre que tropiece con un ejemplar del tercero y cuarto grupo, ya lleva qué contar. Si tiene teléfono, que lo quite. Yo le recomendaría como más eficaz el arsénico reconcentrado, la estricnina o la prensa hidráulica.

Cuando un hombre se acerca a una mujer, ésta «in menti» estudia el negocio. La mujer piensa: «¿Qué puedo ganar?»

El mejor de los matrimonios es una sociedad mercantil: hay un socio capitalista y un socio industrial. A veces no hay más que un socio capitalista y muchas cuentas... pendientes. ¡Ah! Pero la mujer también tiene su orgullo. ¡No faltaría más!

Y sabe hacerse respetar cuando hay cotización; mas cuando el tiempo desvaloriza en Bolsa su papel, entonces la mujer lucha tenazmente con el fantasma terrible; se da más pintura en la cara, acorta más su enagua, escota voluptuosamente su blusa, duplica la dosis de «pilules» y termina poniéndose más pesada que un vagón de ferrocarril.

Entre un hombre y una mujer existe, amén de la diferencia de sexo, esta otra: Un hombre sabe siempre lo que hace, menos cuando se casa; una mujer sabe siempre lo que hace, menos cuando no se casa.



Si no empezáramos diciendo que la noche era de estío y apacible, se nos echaría a perder la escena, por cuanto queremos situar a los personajes en un jardín frondoso y aromático, aparte de que incumpliríamos las reglas del arte si habláramos de amor sin elogiar el paisaje.

La noche era cálida, de una temperatura suave como una caricia sensual. Eva, tendida en el césped, a la luz de la luna, con su traje blanco finísimo, ceñido a las turgencias de su cuerpo de sirena, aparecía ante los ojos de Adán como una ofrenda irresistible.



—¿En qué piensas?— inquirió ella.

—En ti.

—¿Y qué piensas de mí?

—Que te quiero mucho.

—¿Cómo cuánto?

—Como no es posible más.

El hombre sentía en sus venas el latigazo de la lujuria. Aquella soledad, aquella luna, aquella mujer...

—¿En qué piensas?— inquirió ella de nuevo.

—En ti.

—¿Y qué piensas de mí?

—Que te quiero mucho.

—¿Cómo cuánto?

—Como no es posible más.

—Parece que no sabes decir otra cosa. Acércate, hombre.

El hombre se acercó; la besó una y mil veces: en la boca, en la nuca, en las axilas, en los...

—Estamos locos; ¡déjame, por Dios!...

La luna, ruborizada, ocultó su rostro mofletudo y lívido tras una nube volandera...

\*\*\*

Pasó el tiempo. Adán, que tenía otras amigas y nuevas distracciones, pudo fácilmente olvidar la

escena sublime de aquella noche argentada, y se fué al río Apaporis a estudiar ritmo coreográfico sin el menor remordimiento. El, bien lo sabe Dios, no tuvo otra intención aquella noche de estío que la de seguir repitiendo el diálogo indefinidamente; pero ella lo tentó. Como siempre...

Pero aquí no termina el cuento; falta la prosa. Imaginaos a la Eva del paraíso en cinta, barriguda y descolorida; a Adán, preocupado, porque el taparrabo de su señora resultaba cada vez más insuficiente, y alarmado al propio tiempo, como era lógico, por aquel abultamiento abdominal cuyo resultado no presentía ni por casualidad. Un buen día, Eva, presa de horribles dolores, empezó a dar alaridos. Adán en un compromiso estuvo a punto de huir. Total: un Adancito. Por cierto, y esta digresión nada tiene que ver con mi cuento, que sería curioso saber cómo se las ingeniarían nuestros primeros padres para, al tener el segundo hijo, Evita, hacer comprender a los dos hermanitos el truco de la manzana. ¡Qué padres más inmorales!...

\* \* \*

Ha pasado mucho tiempo. Estamos en un *ca baret*. Una «monocupletanguista» se me acerca.

—¿Me invitas?

—Te invito. ¿Qué tomas?

—Whisky.

Un whisky, dos whiskies, tres whiskies, una docena de whiskies... Una borrachera...

—¿No me preguntas... ¡hip!... ¿No me preguntas por mi historia? ¡Qué raro! ¡Hip!...

—¿Cuál es tu historia?

—Escucha... Era una... ¡hip!... Era una noche de estío...

—¿De estío, dices?

—Sí, sí; creo que decía eso.

—Pues no sigas. Tú, tendida en el césped, a la luz de la luna; tu amante, junto a ti. ¿En qué piensas?—preguntaste tú.—En ti—contestó él. ¡Ah! Sí; conozco esa aventura.

Empezamos en el desliz romántico de una niña inocente, y terminamos en la historia vulgar y monótona de todas las mujeres del vicio.



# El detalle imprevisto



Pobre don Pedro! Era un hombre bueno, bonísimo, pero con una manía: la oratoria. Esta fué la mayor ilusión de su vida, la única, tal vez, que lo alentase de verdad; mas, todo en vano.

Vivir cuarenta y cuatro años abrigando una misma esperanza, debiera ser algo muy digno de triunfo. No sea más que el aplauso breve y frío; que otros con bastante menos vehemencia tuvieron éxito.

Pero ¡ay!, don Pedro no triunfó. No obstante cuidar, durante mucho tiempo, de perfeccionar su léxico, de aumentar su locuacidad, de armonizar sus ademanes, de mejorar, en fin, todas sus condiciones, según afirmaba él, de orador político.

Leyó y se instruyó mucho. El Alcubilla e infinidad de libracos de regímenes y constituciones

*Samartín*

pasaron por sus manos, y fueron devorados, uno tras otro, con avidez.

Pero ¡oh, sino implacable!; don Pedro olvidó un detalle, uno solo, pequeñísimo e insignificante, pero fatal, cual bacilo invisible y funesto.

Quizá don Pedro desconocía el mal que ocurríole al vendedor de huevos, que, también como él, olvidó el detalle insignificante, pero de tanta importancia en la vida, cuando una vez robada la gallina y reunidos los huevos, se dispuso, transportándolos en un sombrero sujeto con ambas manos, a llevarlos a casa del comprador, entre contento y nervioso por la eficacia de la idea feliz que iba a salvarlo de la miseria. Pero de pronto—siempre lo mismo—surgió el detalle imprevisto, insignificante, pero terrible... El guijarro saliente, casi imperceptible, y... ¡paf!... los huevos quebrados, que no es lo mismo, según dicen, que la tortilla hecha.

Y esto fué lo que sucedió a nuestro entrañable amigo.

Recordamos el incidente con toda precisión, como acabado de suceder: Don Pedro sube a la tribuna con aire de superhombre dispuesto a asombrar a la muchedumbre con la grandiosidad de su elocuencia, seguro de sí y de su triunfo. No

podía esperarse menos de tan buena y larga preparación. Saluda y, al descubrirse, nota que su bisoñé no se le sostiene nada bien. El viento sopla recio, y el bisoñé está a punto de volársele. ¡Maldición! Don Pedro ve ante sí un monstruo negro y feo con una cabeza enorme que amenaza tragárselo: es el fracaso. ¿Qué hacer, Dios mío? Don Pedro tiembla. Aturdido coloca una mano sobre de su cabeza, y en esta actitud propia si acaso de una Samaritana, pero harto desfavorable en un orador, comienza su discurso.

Primero, desesperación, amargura...; luego, poco a poco, entusiasmo, emoción, exaltación, paroxismo... La mano que desciende veloz acompañando de un ademán la frase cumbre, y... ¡adiós ilusiones!... ¡adiós oratoria!... y ¡adiós bisoñé!..., que luego de describir una línea sinuosa en el espacio, va a caer a los pies de uno de los oyentes, dejando la testa de nuestro pobre orador convertida en la de un muñeco de talco llorón y grotesco. La carcajada fué inevitable y el bochorno indescriptible... Don Pedro fracasó... Fracasó por olvidar que conviene siempre, para alcanzar el éxito, tomar en consideración el detalle insignificante, la china diminuta, el trozo corto de piel de naranja que puede hacernos resbalar



y caer, dejándonos hundidos en el ridículo cuando más arrogantes marchábamos.

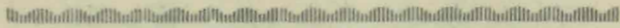
Que el detalle nimio, cuando previsto, podrá no darnos la gloria, pero puede quitárnosla cuando olvidado. Y que la magnitud del fracaso no depende, a menudo, sino de la pequeñez del obstáculo.

Fracasar no importa, si es la montaña la que nos hunde o el templo el que nos aplasta. ¡Pero cuánta diferencia si la hormiga nos vence o la china nos derriba!...



# Amor materno





**R**ebelarse contra los dogmas o principios que la sociedad aceptara desde sus comienzos, y ha venido practicando durante siglos, es un riesgo para el rebelde. Hacerlo contra aquellos de esos principios que aparentan encerrar una mayor pureza, y han merecido, por ende, la consideración de los seres humanos, no sólo es un riesgo, sino una catástrofe.

*Sin embargo, yo no temo las catástrofes.*

El amor maternal, inspirador de toda una literatura cursi, es uno de esos principios.

No es que yo me resista a creer en la existencia de ese amor, no; creo en el amor maternal, pero como producto de un estado fisiológico del organismo, de duración determinada, en el curso del cual la hembra siente la atracción imperiosa del fruto de sus entrañas, y la necesidad de desvivirse por él, llegando incluso, en ciertos casos, a los límites del sacrificio.

Terminado este estado especialísimo del organismo, el afecto que une a los miembros más allegados de la familia, se quiebra como el rayo de luz en el prisma de los egoísmos naturales.

Somos hijos de un acto egoísta. No venimos al mundo por expresa voluntad de los autores de nuestros días, en la gran mayoría de los casos, sino como una complicación nacida de unos instantes de placer.

Observemos el régimen de vida de los animales, en los que el instinto se manifiesta puro, exento del refinamiento de la educación. La gallina, en tanto está clueca, se disputaría a perder la vida por defender a sus polluelos. Vuelta a su estado normal, la seduce más el plumaje y la arrogancia del gallo que la compañía de sus hijos, con los que no vacilaría en enfrentarse, andando el tiempo, por unos míseros granos de maíz. La lucha por la vida no excluye a los parientes.

¿Y es que no son numerosas las ocasiones en que el nacimiento de un hijo es motivo de disgusto en el hogar paterno?

Lo amamos, no obstante, porque a ello nos enseñaron. De habernos instruido en otra práctica, nada de particular tendría que se lo regalásemos al nacer al vecino, por ejemplo.

### Cuestión de convencionalismo.

Sé que la sociedad ha de condenarme por mis concepciones materialistas; yo lo siento; mas no por ello he de pensar de otro modo. El amor maternal entra de lleno en el bagaje de las normas que la organización social nos impone. El que crea lo contrario está equivocado. ¿Qué justificación tendrían, si no, las preferencias que los padres establecen a menudo entre sus hijos?

Decididamente, la sociedad y yo discrepamos; mas no por eso tiene la sociedad derecho a enfadarse conmigo.

Desde que el mundo dió la primera vuelta alrededor de su eje, hemos ido comprobando, día por día, la desaparición de los seres humanos. Cuando la energía física vital del organismo se agota, la criatura muere. Nos codeamos a diario con este fenómeno natural. No obstante, la sociedad no cree en él. Pocos piensan en la muerte. Y es que la pobre criatura humana es tan necia como para creerse omnipotente e inextinguible. Nos imaginamos tan grandes, que no nos avenimos a creer que pueda existir una fuerza superior capaz de destruirnos. Sin embargo, nada más erróneo. Y yo no me enfado por eso con la

*Escurrito*

sociedad. Cada cual es dueño de su pensamiento. Discrepo, pero no me encolerizo.

¿Que la sociedad no cree en su fin? Yo, sí.

¿Que la sociedad cree que cuanto existe es obra suya? Yo creo que somos un producto más.

¿Que la sociedad cree que las leyes naturales no son tales leyes, sino el resultado de sus antojos? Yo creo, en cambio, que somos infelices marionetas.

¿Que la sociedad se cree hecha de algún mineral precioso de gran valor? Yo creo que somos de barro.

Cuestión de apreciación.

Sigo sosteniendo que no creo en el amor maternal como resultado de algún fenómeno psíquico, al que han dado en llamar algunos paranoicos «la voz de la sangre». El instinto maternal, fenómeno puramente fisiológico, no debe confundirse con el romanticismo de las novelas.

Entre muchos niños desconocidos, para que una madre ame a uno determinado, alguien ha de decirle primero cuál es el suyo. Si al indicarle uno cometemos error, la madre lo estrechará igualmente entre sus brazos sin advertirlo.

La «voz de la sangre», en este caso, como en los demás, hace el ridículo.

El amor maternal tiene un punto negro que rasga el velo de pureza en que se le envuelve: los niños asilados. Siempre he tenido curiosidad por saber lo que pensarán, andando el tiempo, del amor maternal estas infelices criaturas.



En la sala de partos del Hospital «San Andrés» dieron a luz casi simultáneamente dos mujeres. Vecinas ambas de un pueblo de las inmediaciones de Burdeos, habían ingresado en el establecimiento el mismo día con unas pocas horas de diferencia. Una de ellas, la más joven, soñaba con un varón; la de más edad, madre de tres varones, deseaba, en cambio, una hembra.

—¡Qué daría yo por tener una niña!—suspiraba la una.

—¡Y yo por un varón!—decía la otra.

Dieron a luz con felicidad. Días más tarde abandonaron el Hospital. Las acompañó hasta la puerta una enfermera de edad madura, cuyos servicios y cuidados fueron apreciados por las dos parturientas.

Se despidieron con efusión.

—Ya sabéis donde me dejáis. Si no os molesta, me gustaría visitaros en mis vacaciones. En



el entretanto espero me daréis cuenta de la salud de los niños.

—Venga Vd. a visitarnos—dijo la madre del varón—cada vez que tenga una oportunidad. Se lo agradeceremos mucho.

—Y desde luego contamos con Vd.—añadió la madre de la hembra—para el bautizo.

—¡Muy bien!

El «auto» partió lentamente con las dos madres, camino de la estación del Norte.

Pasó mucho tiempo. Las dos criaturas que por vez primera vieran la luz en la sala de partos del Hospital «San Andrés», eran ya mayores. Dieciocho años. La chica era rubia y bien formada; el varón, simpático y buen mozo. La enfermera había llegado a ser considerada en ambos hogares como un miembro de la familia; visitaba con frecuencia a las dos madres. Todos los años en vacaciones solía pasar quince días en cada casa. Los chicos llegaron a profesarle verdadero afecto. Y es que protegía, sin que ambas madres lo supieran, sus amores.

Un mal día rompióse para infortunio de los tiernos enamorados el idilio que ocultaban en el fondo de su corazón como un tesoro inapreciable. Las madres hubieron de disputarse con tan

desdichado motivo. Sobre la enfermera pesó una acusación de encubridora.

—Para mi hijo—decía la madre del varón, roja de ira—quiero algo más; me ha costado muchos sacrificios para que ahora me resulte enamorado de una muchacha que nada tiene. ¿Para eso le pago yo sus estudios? ¿Para eso estoy pasando yo privaciones y contratiempos?

Luego añadió, dirigiéndose a su hijo:

—No, hijo mío; tú has de casarte con una mujer que tenga dinero. Tu madre te da una carrera a fuerza de sacrificios para que tú puedas aspirar a la mujer que más alta veas.

—Pero, madre—suplicaba el hijo—, si esto es un error; yo no puedo querer a otra mujer por mucho dinero que tenga. Si tú me das una carrera, será para que yo trabaje y cree un hogar con mi propio esfuerzo.

—¡He dicho que no, y no puedes contrariarme!—cortó la madre, autoritaria.

—Creo—terció la enfermera— que su hijo tiene razón. A las madres nos ofusca muchas veces el cariño y el egoísmo, y no nos damos cuenta del daño que causamos a nuestros hijos. Nunca logrará una madre, por mucha autoridad que tenga, mandar en el corazón de un hijo; aparte

de que no existe razón alguna para despreciar a la muchacha.

— ¡He dicho que no! —vociferó colérica la madre. Luego añadió:

— ¡Y cuando yo digo que no, es no!... Y si Vd. no hubiera intervenido en este asunto, las cosas no hubieran llegado a este extremo. Mi hijo ha de obedecerme, o perderá a su madre.

Luego prosiguió, acercándose a la enfermera:

— Usted debiera estar avergonzada de ser la culpable de estos disgustos. Pero aquí quien manda soy yo. ¿Me ha oído Vd. bien? Primero muerto que casado con esa mujer, con esa...

— ¡Madre! ¡Por Dios!...

— Ya he oído bastante, señora —dijo la enfermera—. Ahora oiga Vd. esto antes de salir de su casa con el propósito firme de no volver a ella. ¿Recuerda Vd. el día en que ingresó en mi hospital? ¿Recuerda Vd. el número de veces que me indicara sus deseos fervientes de tener un varón? Pues bien; yo me arreglé como pude para dar a Vd. esa satisfacción.

— ¿Cómo es eso? —indagó la madre abriendo los ojos como quien ve visiones.

— A su comadre le di también satisfacción

proporcionándole, como era su antojo, una hembra.

—¿Y cómo pudo Vd. obtener ese milagro?

—Pues muy sencillo: cambiando las criaturas...

—¿Hizo Vd. eso?—interrogó la madre, lívida.

—¿Qué había de mal en ello?—indagó la enfermera.

—¿Entonces mi verdadera hija es...?

—Exacto.

—¿Y por qué hizo Vd. eso?—preguntó enérgica la madre, al tiempo de ponerse en pie en actitud hostil.

—Cálmese un momento—recomendó la enfermera con serenidad—y mire hacia la puerta.

Acababa de llegar a ella una muñeca rubia vestida de azul. La mujer la contempló indecisa unos minutos; de súbito abrió los brazos en cruz y gritó:

—¡Hija mía!...

La enfermera no había dicho la verdad.

Era la «voz de la sangre» perdida en el laberinto intrincado de lo circunstancial.






# Democracia

*Barro*







**E**n España ha existido siempre una mala interpretación de la democracia. Se ha llegado a suponer que el término es sinónimo de todo lo bajo, mezquino e inútil que la sociedad encierra. Pero esto no es la democracia ni mucho menos. De ahí que al implantarse en España la República, una legión de energúmenos—plaga implacable de nuestra Patria—se hiciera la ilusión de que el cambio de régimen podía significar la total redención, y por ende su incorporación inmediata al grupo de los prohombres, olvidando que la democracia no puede descansar sobre los brazos de los más fuertes, sino sobre el cerebro de los que mejor piensan. Por eso la República del 14 de abril tenía forzosamente que fallecer.

Así es que yo no voy a hablar de la democracia tal como en España se la interpreta, pues



no quiero perder mi tiempo en demostrar y afirmar lo que es claro como la luz del día. Para ello basta referir la siguiente anécdota. En un pueblo de Andalucía, el mismo día en que se recibió la noticia de la partida del rey, lo primero que se les ocurrió a los republicanos del lugar fué encarcelar al párroco y cursar acto seguido un telegrama al ministro de la Gobernación preguntándole textualmente: «Implantada la República, díganos qué hacemos con el cura».

Quiero, pues, referirme a la democracia británica; a la teutona; a la verdadera democracia, en una palabra.

En mi modesta opinión entiendo que es un error en estos momentos de profundo desconocimiento que los antidemocráticos—hablo en el sentido político y no humanitario del término—, tratemos de demostrar preocupación por la opinión pública; porque, planteado el problema en la forma en que lo está en el mundo, es preciso separar en dos bandos los que aun sueñan con la utopía, y los que viven de realidades. En estos momentos debiera preocuparnos muy poco lo que pueda pensar de nosotros ese comodín de la opinión pública, puesto que ésta ha de ser preci-

de sus mayores errores—el método de la selección.

De todos formas, y sean las que fueren las causas, la realidad es que la democracia como régimen en los pueblos, está totalmente fracasada. Y lo está, no en aquellos países en que los principios democráticos fueron alterados por defectos temperamentales, no, sino en aquellos en donde la esencia democrática se conservó intacta, y en los que las normas democráticas se aplicaron y observaron con pureza.

De suerte que no podrá atribuirse el fracaso a causas externas, por lo que procede admitir que la democracia fracasó por deficiencia intrínseca del sistema. Y si tal fué su suerte en aquellos países que supieron interpretarla fielmente, ¿cuál podía serla en España donde la incultura y los vicios raciales la hacían de todo punto impracticable?

La democracia en España tuvo la extraña virtud de hacer creer a los ineptos, a los que en nada descollaron, que al implantarse la República, su papel había subido de valor, y que desde ese momento el hecho circunstancial de ser hortera, por ejemplo, era lo que realmente importaba, y tanto se dió el vulgo en creer estas papa-

rruchas, que se olvidó por completo la inteligencia y el pensamiento del hombre. Y es que el sol de amanecer de la República del 14 de abril venía a iluminar por igual el cerebro de todos los españoles. ¡Cuánta vesania!

En los distintos parlamentos de la República española no tenía más razón el que erraba menos, sino el que gritaba más; y para reforzar este argumento, allí estaban los votos de la mayoría para dilucidar los problemas y las cuestiones de España contra toda lógica mediante una votación. Ya podía alguien afirmar en el parlamento una verdad de Perogrullo, diciendo por ejemplo a las tres de la tarde, que eran las tres de la tarde, que como la votación no le resultase propicia, a lo mejor se daba el caso harto peregrino de que no era esa hora, sino las cinco de la madrugada.

Pero ¿qué beneficios podía alcanzar la Patria en tanto dislate, y qué trascendencia podía entrañar una resolución tomada contra toda razón legal, jurídica y lógica por el mero hecho de que la mitad más uno de los diputados creyeran acertado o desacertado en un momento preciso el aplicar determinada fórmula? ¡Ah! Es que así lo exigía la armazón absurda de la democracia.

De Cristóbal Colón hicieron mofa los sabios

de Salamanca y cuantas personas oyeron sus teorías. Se me ocurre pensar que de haber sometido su opinión al criterio de la mayoría, aun estuviera América por descubrirse. No obstante, Colón luchó contra una mayoría aplastante, logró embarcarse y descubrir el Nuevo Mundo.

Esto podrá parecer una infantilidad; pero no hay que olvidar que los triunfos de la Humanidad que la Historia registra se deben en cada caso al esfuerzo perseverante y único de un hombre que para lograrlo hubo siempre de luchar con esa fuerza negativa de la mayoría, representada en la opinión pública. Basta leer la vida de los héroes e inventores para adquirir el convencimiento de qué lo que se consiguió al implantar el régimen democrático fué dar estado oficial a esa condición humana tan generalizada de entorpecer a todo aquél que aspira a superarse, como si en esa superación no fuese implicado un beneficio directo o indirecto para el resto de los hombres.


Quede, pues, políticamente hablando, bien claro que no nos preocupa en absoluto la opinión de la mayoría por considerarla nefasta para los pueblos, y además, porque abrigamos con decisión y arrojo el criterio de que el mundo por principio científico y por concepción moral no ha

de estar regido por los más, sino por los mejores. Y da la casualidad de que los mejores son siempre una minoría.

La mejor prueba está en que los pueblos donde tal acontece están plenamente satisfechos de las ventajas que con este sistema han obtenido.

No nos interesa, pues, repetimos, la opinión pública de los que escandalizan y van a tientas en busca de un bienestar intangible; nos interesa tan sólo la opinión de los pueblos que viven gozando de los beneficios que la inteligencia de los mejores les ha proporcionado.

Esto es lo realmente práctico.



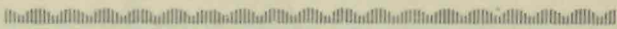
*Saravita*



# La Política







**A**lguien ha definido la política diciendo que es el arte de gobernar a los pueblos. Música celestial.

Está demostrado hasta más allá de la saciedad que los pueblos lo que necesitan para ser gobernados, son gobernantes.

Entre un gobernante y un político existe una gran diferencia. El mejor político es el peor gobernante.

Yo definiría la política diciendo que *es el arte de crear complicaciones en la vida de los pueblos con toda impunidad.*

En política, todo es política; nada obedece a un fundamento lógico. Buscar lógica en política produce el mismo efecto que tomar un baño turco. Sale uno sudando.

Tengo amigos políticos y parientes políticos. Les auguro a todos un mal fin. En política siem-

pre es de noche; nunca amanece; porque de noche todos... los políticos son pardos.

En política todo tiene un sentido especial. Cuando un político dice: «¡Esto es intolerable!», quiere decir: «¡Esto está bueno!». Cuando dice que sí, quiere decir que no. Y cuando afirma: «¡Todo marcha bien!», entonces hay que pensar en tomar el primer vapor, porque la catástrofe es inminente.

El parlamento es el lugar donde los políticos se reúnen para ponerse de chupa de dómine.

Tiene mucho de circo romano y muy poco de parlamento. Mirándolo de cierto modo se da una cuenta de que tiene hasta fieras.

Es triste, pero tradicional.

Es histórico que Demóstenes, el gran orador de la antigüedad, acostumbraba a pasear por la orilla del mar oponiendo su declamación a las olas enfurecidas.

— Lo hago—solía decir—para habituarme a las borrascas del parlamento.

Esto data de más de trescientos años antes de Jesucristo.

La mala fama del régimen parlamentario se pierde, pues, en la noche de los tiempos.

El parlamento tiene también mucho de teatro. El público a veces se emociona; cree lo que

allí se dice, y hasta llega a derramar una lágrima. También nos emocionamos en el teatro, y todo, al fin, farsa; un modo de ganarse la vida como otro cualquiera.

Esto en cuanto al teatro se refiere; pues en lo concerniente a la política tengo que decir, a fuer de sincero, que ese modo de ganarse el sustento es peor que otro cualquiera. Subterfugios, no.

\* \* \*

En los pasillos los diputados cuchichean; ríen algunos a mandíbula batiente. El diputado X, comunista *enragé*, refiere cuentos verdes a Y..., el diputado derechista más recalcitrante de nuestro pueblo.

¿Has estado alguna vez, lector, en pos de alguna aventura galante entre los bastidores de un teatro? ¿Y no has visto al Alcalde de Zalamea en amena charla con don Alvaro, el cínico seductor de su hija? ¿O a don Juan Tenorio departiendo tranquilamente entre sorbos de manzanilla con su rival? ¿Y no has experimentado, al tornar a tu butaca, una sensación de pobreza de efecto en la representación, que defrauda?

Esto mismo ocurre en política. Para dejarte

influenciar por ese morbo, has de olvidarte de que todo es comedia. De lo contrario, te vuelves a casa decepcionado y con mal sabor de boca.

Salgamos, no obstante, de los bastidores de este teatro que es el parlamento, y vayamos a instalarnos en nuestros asientos respectivos; la función va a empezar.

El presidente, agitando la campanilla:

—Queda abierta la sesión.

El diputado Y:

—Señores diputados, quiero decir que hemos de afrontar con una firmeza inquebrantable este problema de internacionalismo intruso que va minando nuestro suelo: el comunismo ruso...

El diputado X (interrumpiendo):

—Su señoría es un mastodonte.

El diputado Y:

—Más mastodonte es quien llama.

Un diputado:

—Cállese su señoría si no quiere que le digamos cosas más gordas...

El diputado Y:

—Decidme lo que queráis, ¡so cafres!...

Un diputado:

—¿Cuánto se tragó su señoría en el asunto de los tabacos?

(Grandes rumores).

El diputado Y:

—Señor presidente, creo que me están insultando.

El presidente, agitando de nuevo la campanilla:

—¡Orden, señores diputados!

Luego con énfasis:

—¡Que estamos en el parlamento!...

Una voz:

—¡Que val!

Otra voz:

—Su señoría es muy bromista.

Más campanillazos; más gritos; más insultos. Un tintero cruza el espacio. El escándalo es ensordecedor.

Es la efervescencia que produce el proceso químico de la ley al fraguarse en los crisoles parlamentarios.

Volvamos a los pasillos. El diputado comunista X continúa al diputado de las derechas Y la narración de un chascarrillo que dejara a medias al levantarse el telón.






# Fidelidad conyugal







**E**ntre mis amigas tengo fama de hombre que «ataca a la mujer». Soy—dicen ellas—antifeminista. Sin embargo, nada más inexacto. Yo defiendo a la mujer en todo cuanto creo tiene razón. Ahora bien; si mi criterio me acusa que es el hombre el que la tiene, yo doy la razón al hombre aunque se trate de la misma Venus de Milo. Y cuidado que los hombres me molestan.

Cuando la cuestión gira en torno a la fidelidad conyugal, me gusta analizar con verdadera imparcialidad las causas del extravío antes de emitir un juicio, y todo ello con la discreción oportuna, pues de viejo es sabido que «entre marido y mujer nadie se debe meter».

La cuestión es francamente delicada. Influencias diversas pueden actuar en un mismo caso, y es preciso proceder con un tacto esmerado, a fin

de no involucrar las cosas. La mujer cuando se sabe engañada por su marido, se remite siempre al juramento que éste le hiciera en momento para ella tan solemne. Pero lo de menos, en mi opinión, es el juramento; porque estamos, sin duda, ante un problema de orden temperamental. Y vanas han de ser aquellas promesas que vayan contra Natura. ¿Puede el hombre, a través de la vida, permanecer fiel a determinada mujer? ¿Está su organismo equilibradamente dotado a fin de no experimentar sensación alguna ante las múltiples tentaciones a que está el hombre expuesto? He aquí la incógnita.

Es igualmente preciso considerar el problema desde un punto de vista educativo. En el hombre la infidelidad conyugal por razón precisamente de su medio de vida, por principio de educación, representa no más que un goce material sin trascendencia de ninguna especie; por lo menos en el orden moral cuando el infiel tiene la discreción suficiente para realizar el acto en condiciones de absoluta reserva. Y es que indudablemente el hombre ya posee por su vida anterior al ayuntamiento y por la forma en que ha sido educado, la desmoralización suficiente en su psicología para la consumación sin violencia alguna de

un hecho perfectamente punible en un aspecto de reciprocidad, o mejor dicho, de mutuo respeto, pues los compromisos y la responsabilidad del hogar que dos seres han formado bajo la bendición santa de Dios, son igualmente extensivos al macho y a la hembra. No obstante, no podría negarse que en la mujer normalmente organizada en sus dos aspectos, anatómico y moral, se precisa un esfuerzo grande para descender a la infidelidad, por cuanto su régimen de vida, su coeficiente educativo ha logrado amordazar los instintos de la carne, todo lo cual hace que el proceso sea diferente al del hombre, necesitando, por consiguiente, consideraciones especiales.

La organización social, los convencionalismos sociales, colocan además al hombre en posición de ventaja en este orden de cosas con respecto a la mujer. La moral admite sin condena para el hombre la infidelidad de éste. Es implacable, en cambio, cuando es la mujer la que peca.

El desliz del hombre, si la mujer lo ignora, carece de consecuencias; el de la mujer es tanto más desastroso cuanto más lo ignora el marido.

Pero ¿y la frágil y delicada maraña sentimental de la mujer? ¿Y su castillo de ilusiones alzado sobre el afecto y las promesas de su esposo en

las que hubo de creer a pie juntillas como en el propio Evangelio?

Mi modestísima opinión, damas y caballeros, formada como resultado de los casos que conozco y que luego os referiré, es la siguiente: salvo aquellos casos de manifiesta degeneración o perversidad, ni el hombre, ni la mujer pueden ser responsables de unos actos en los que intervienen, sin duda, factores ajenos a su voluntad. Esto que digo está científicamente probado. Creo, pues, que la gran responsabilidad ha de descargar sobre los convencionalismos sociales que han creado fórmulas en absoluto desacuerdo con nuestra idiosincrasia de seres humanos nacidos del barro.

Esos prejuicios de la sociedad han creado en torno a la criatura humana una prisión demasiado angosta para sus expansiones instintivas, poniendo tanto al hombre como a la mujer en graves aprietos. Claro está que como el mandato del temperamento resulta más fuerte que los barrotes que nos aprisionan—¿quién podrá poner vallas al temperamento?—, el desbordamiento se produce haciendo fracasar así todo ese conglomerado de convencionalismos y fórmulas tras las que la sociedad necesita escudarse para que no se

trasluzca en forma descarada su origen incestuoso.

Hemos de tener en cuenta que las funciones fisiológicas del organismo humano no admiten convencionalismos. Cuando el intestino precisa evacuar, como cuando los pulmones necesitan respirar, la criatura humana—compuesto de células en constante evolución—ha de satisfacer irremisiblemente estas necesidades. Podrá ello llevarse a cabo con extremado refinamiento o con naturalidad excesiva; pero la función fisiológica, de un modo o de otro, no puede interrumpirse, so pena de exponerse a consecuencias ulteriores de mucha gravedad.

Era rubia como un ángel; hermosa como un amanecer; sus ojos eran azules como el mar; su cuerpo, alto y cimbreante como una palmera; tenía toda la distinción y la elegancia de una dama de la corte del Rey del Buen Gusto. El, al tropezar inesperadamente con aquella beldad, no pudo impedirse de exclamar:

— ¡Cielos! ¡Qué mujer!...

Esta admiración espontánea no pasó inadvertida. Ella agradeció con una sonrisa de marfil

la galantería. Continuaron encontrándose casualmente en varias ocasiones. El, afectado por la mirada magnetizadora de aquella mujer, terminó buscándola por todas partes. ¿Quién sería aquella dama enlutada que el azar había puesto en su camino? Una semana pasó sin poderla ver. La prueba fué una verdadera tortura. Convencido, al fin, de que no podía vivir sin ella, decidió abordarla en la primera oportunidad. Necesitaba hablarle, abrirle su corazón, decirle, en una palabra, cuánto la amaba.

Quiso el azar una tarde que esa oportunidad llegara. Se encontraron paseando por el Jardín público. El osó saludarla; ella correspondió.

—Si Vd. me lo permite, yo tendría gran satisfacción en acompañarla —apuntó él.

—¿Sabe Vd. si voy sola?

—Si no va Vd. con algún espíritu...—dijo él mirando en derredor.

—Eso no me extrañaría —arguyó ella.

Luego añadió:

—Ya me ocurrió una vez; creí ir sola cuando encontré a alguien, y resultó que iba acompañada.

—¿Y quién la acompañaba?—inquirió él algo confuso.

—Mi mala suerte.

—No entiendo mucho lo que Vd. me dice; pero me parece que lo suficiente para comprender que *insinúa* Vd. su deseo de que yo me retire.

—No sea Vd. torpe—*aclaró* ella.

Hubo una pausa. Caminaron con la vista fija en el suelo unos minutos. El rompió el mutismo.

—¿Lleva Vd. algún rumbo determinado, o pasea, como yo, al capricho?

—Si yo le dijera a Vd. ahora que he salido a verle, tengo la seguridad plena de que se llevaría un desencanto. ¿No es así?

—Si Vd. me dijera que ha salido por verme a mí, yo me caería muerto aquí ahora mismo.

—Pues oigalo Vd. bien: no he salido a verlo a Vd.

—¡Gracias!—*exclamó* él—. Me ha salvado Vd. la vida.

—No disimula Vd. sus ganas de vivir.

—¿Por qué?

—Me acaba de agradecer el indulto. Yo creí que hubiera Vd. preferido morir.

—Pero... ¡es tan grato vivir a su lado!...

—Eso es ir demasiado de prisa.

—Quiero decir en este instante.

—Pues bien; suponga que salí para encon-

trarme con Vd. ¿Cree Vd. que ocurriría alguna catástrofe?

Y añadió:

—Apuesto doble contra sencillo a que no.

—¿Es un reto?

—Es un reto.

—Acepto.

—¿No recuerda haber Vd. dicho esta mañana a alguien que vendría hoy a pasear en este jardín?

—¿Esta mañana? ¡Ah! Sí; cierto.

—La persona a quien me refiero es un pariente mío...

—¿Y él le dijo a Vd...?

—Exactamente.

—Ya comprendo.

—Bueno; ¿qué hace Vd. que no se cae muerto?

Es que no he testado aún...

—Contésteme esta pregunta—dijo ella con seriedad—¿Quiere Vd. conservar mi amistad?

—Claro que sí.

—Pues le agradezco no practique el humorismo cuando hable conmigo.

Acto seguido añadió:



—Soy una mujer triste. Y ahora vamos a separarnos. ¡Adiós!

Lo dijo en un tono de sequedad tal, que su amigo no se atrevió a objetar. La vió alejarse; la siguió con la vista hasta perderse en la frondosidad amena del jardín.

Estaba completamente aturdido. Aquella mujer lo había desconcertado. Los cauces de la conversación le desorientaron. Había sentido ganas de expresarle su pasión volcánica minutos antes de encontrarse con ella, y una vez frente a frente no acertó a lanzar sino frivolidades. En el fondo estaba avergonzado. Se prometió a sí mismo ir por el desquite. Anté los ojos de aquella mujer, no cabía duda alguna, había quedado como un hombre vulgar, incapaz de un sentimiento refinado o de un elevado pensamiento. Buscaría a la mayor brevedad la ocasión de rehabilitarse.

Se hallaba nuestro hombre tan ensimismado en este tren de consideraciones, que ni siquiera apercibióse de que a pocos pasos de distancia un amigo suyo le observaba. Este lo abordó:

—Chico, estás que hablas solo; ¿qué te ocurre?

—¡Hombre!— exclamó, saliendo de su ensimismamiento—. Vienes que ni llovido del cielo.

—Pero, chico, tú estás «majareta».

—Sácame de este apuro por lo más que quieras.

—Como no pidamos para los dos—profirió su amigo.

Luego añadió al tiempo de llevarse las manos a los bolsillos del chaleco:

—Estoy limpio...

—¿Quieres conservar mi amistad?

—¿Y eres tú el que me lo preguntas?

—Pues entonces te agradezco que no practiques el humorismo cuando hables conmigo.

—Aguarda un momento—dijo su amigo colocándole la mano en la frente.

Luego añadió:

—Tú no estás nada bien.

—Escúchame. ¿Quién es esa dama enlutada con quien estuviste hablando esta mañana?

—¿Qué ocurre con esa dama?

—¿La conoces o no la conoces?

—La conozco.

—¿Quién es?—preguntó con avidez.

—La dama enlutada que hablaba contigo hace un momento.

—¿Que quién es?—vociferó asiéndole por las solapas de la americana.

—Te agradezco no bromees con la indumentaria. Siéntate y hablemos.

—Habla pronto, porque estoy a punto de enloquecer.

—¿Recuerdas a aquel amigo de tu padre que vino a menos cuando la baja del azúcar?

—¿Te refieres a aquel caballero de gran corazón que casi nos salvó de la miseria y que tan bien se portó con nosotros cuando el incendio de nuestro depósito de mercancías?

—¡Exactamente!

—Ya lo creo que lo recuerdo. Nunca le agradeceré bastante lo que hizo con mi familia.

—Pues bien; la dama enlutada es una de sus hijas. ¿No recuerdas a una niña rubia que acostumbraba a abrirnos la puerta?

—¿Aquella chiquilla es la dama enlutada?

—Al morir su padre, y una vez hecha la liquidación, resultó que la razón social estaba en quiebra. El déficit importaba más de ciento cincuenta mil pesetas. Fué un verdadero desastre. Gracias a la influencia personal de unos amigos pudo conseguirse de los acreedores que libertaran al hijo, quien, bajo palabra de honor, prometió pagar la deuda de su padre. Se embarcó más tarde con sus tres hermanas para la Argentina.

La más vieja murió allá. Los tres trabajaron, lucharon, hicieron cuanto estuvo a su alcance, y hasta creo que lograron mandar algún dinero; pero todo inútil; la suerte no les acompañó, y fracasaron en la empresa. La dama enlutada tuvo que recurrir a trabajar en un salón de belleza, donde había de exhibirse dos veces por semana de un modo muy atractivo, aunque bastante desagradable para una mujer honesta. Por fin, y después de sabe Dios cuántas penalidades, la dama encontró un ricacho dispuesto al sacrificio del «indisoluble», que vino a ser en aquella crítica situación algo así como la tabla salvadora a que el naufrago se agarra con la fruición consabida. Sin que esto quiera decir que ella no estuviera enamorada de él. Como hombre no está mal. Para mí no tiene otro defecto que ser griego... Pasado algún tiempo, un día por una de esas casualidades que se dan en la vida de los seres humanos, se le presentó al marido de mi encantadora parienta la necesidad de venir a este maravilloso país de cretinos, y entonces imagínate el compromiso de tu dama. No tuvo otro remedio que confesar lo ocurrido. El hombre se molestó bastante, pues no pudo comprender—cosas de los griegos—por qué su mujer le había ocultado ese in-

fortunio de su vida. El hermano de ella también contribuyó con su conducta a que el griego se escamara como un salmonete cualquiera, pues un buen día desapareció con una suma de dinero que aquél le confiara. Total, para no cansarte, que el griego montó en cólera, interpretando que lo de la boda había sido un atraco, y tan en serio tomó el hombre el asunto, que desde entonces desprecia a su mujer; ni siquiera le habla.

—Y la trajo aquí para humillarla más aún, sin duda.

—Nada de eso.

—¿Pagó él la deuda, acaso?

—Hasta el último céntimo.

—Pues no lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

Y añadió:

—Y lo peor es que mi prima tampoco lo entiende.

—¿Ella le ama?

—Casi estoy por decirte que no lo sé. Las mujeres son tan extrañas...

—Pero ¿no trata ella de hacer algo, de reconciliarse con él, de persuadirle de su error?

—Hombre, claro que sí; ella ha recurrido a

los distintos procedimientos que su astucia de mujer le ha imbuído, pero todo en vano.

—Ese hombre es un idiota.

—Comparto tu opinión, porque hazte cargo de la situación de una mujer guapa, joven, sin hijos, falta de cariño, que se ve despreciada...

\* \* \*

Dos días después recibía nuestro hombre una tarjeta de la dama enlutada invitándole a tomar el té. Estuvo indeciso. Por fin decidióse a ir.

Salón bien amueblado; un ventanal amplio, abierto de par en par, daba entrada a la brisa fresca de la tarde. La «dama enlutada» salió a su encuentro.

—No puedo quejarme de su puntualidad— le dijo sonriendo.

—No me hubiera perdonado el hacer aguardar a usted.

—Voy a proponerle una cosa—indicó ella, al tiempo de ofrecerle un cigarrillo.

—Su proposición será una orden para mí.

—Tútearnos.

—Para mí es un placer.

—Para mí, una comodidad.

—Para mí sigue siendo un placer... el placer de procurar a Vd. esa comodidad.

—Pero ¿no habíamos quedado en tutearnos?

—Pues es verdad.

Ella servía el té; él fumaba.

—¿Cuántos terrones?

—Dos, nada más.

—¿Con limón o sin él?

—Te expresas bien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todo el mundo hace esa pregunta incorrectamente.

—A veces encuentro que eres ingenioso.

—Yo a veces encuentro que eres una mujer extraña.

—¿Extraña? ¿Tú crees de verdad que puede haber una mujer extraña? Nada hay más parecido a una mujer, que otra mujer.

—En eso no estamos de acuerdo.

—No tengo interés en discutir.

—Yo lo tengo en aclarar.

—Pues aclara.

—¿Tú crees que todas las mujeres en tu situación reaccionarían de la misma manera?

—¿Qué quieres decir?—inquirió ella sobresaltada.

—Quiero decir que admiro de verdad tu conducta; que no todas las mujeres saben condu-

cirse, como tú lo haces, ante el desprecio o la indiferencia de su marido.

—¿Quién te ha contado eso? —interrogó ella poniéndose en pie, lívida.

—Quien me lo ha contado es lo de menos. Lo que importa es que yo lo sé. Y más que esto aun importa que yo quiero ayudarte; que estoy dispuesto...

Ella rompió en sollozos.

—¡Qué humillación!...

—Siento —profirió él, confuso— haberte causado este disgusto; pero lo he hecho interpretando que me imponía con ello un sacrificio digno de mi cariño... ¡Yo te quiero con toda mi alma!...

—¡Márchate! ¡Márchate de aquí! —balbuceó ella sin alzar la cabeza de entre sus manos.

Lentamente, sintiendo en su corazón una gran pesadumbre, alejóse del aposento en donde una mujer hermosa derramaba unas lágrimas, cuya verdadera causa no atinaba a descubrir.

\* \* \*

Tres días después, una mano enguantada hacía sonar el timbre de una puerta.

—Usted dirá.

—¿Está el señor en casa?



—¿A quién debo anunciar?

—No es preciso —aclaró ella.

Y subió la escalera. El casi corrió hacia ella al verla.

—¿Tú aquí? Pero ¿estás loca?

—Eso es probable.

—¿A qué has venido?—preguntó él con dulzura.

—No sé a qué he venido, ni por qué he venido; pero ya que estoy aquí, quiero pedirte perdón por mi incorrección del otro día... Tenía los nervios desequilibrados...; no supe lo que dije.

—No tienes de que excusarte; soy yo el que tiene que pedirte perdón; sé que cometí una imprudencia.

—No sé lo que me pasa —confesó ella—; hacía tanto tiempo que no oía una palabra cariñosa de nadie...

No pudo continuar; el llanto le cerró la garganta.

—Te quiero mucho más de lo que pudieras imaginar —le susurró él al oído.

—¡Cuánto me agrada oírte hablar así!... ¡Estoy tan falta de cariño!...

—Eres una mujer deliciosa...

—¡Siguel... ¡Siguel...—musitó ella, incitante.

\* \* \*

¡Oh la triste parábola del pajarillo abandonado al que un día faltara el calor de su nido!...



Es muy lamentable el hecho de que un esposo engañe a su esposa, o viceversa; pero es mucho más lamentable aún cuando en las desavenencias conyugales por circunstancias especiales aparece uno mezclado como componedor de los incidentes. Que se engañen o se dejen de engañar podrá tenerte, lector, sin cuidado; pero libréte Dios de encontrarte convertido en paño de lágrimas de una pareja desavenida.

Una vieja amiga vino un día, con semejante motivo, a visitarme.

—Perdona—me dijo—que te mezcle en estos asuntos enojosos; pero hazte cargo de la situación de una mujer que se ve humillada como yo me veo por mi marido.

Y rompió a llorar.

—Serénate, mujer—aconsejé yo—; para todo hay remedio, menos para la muerte. Cuéntame.

—Mi marido me engaña; tiene otra mujer viviendo con él. Esto es insoportable.

—Verdaderamente, si es cierto...

—¿Pues no ha de serlo?—interrumpió ella frenética.

Y añadió:

—¿Y los anónimos que he recibido? ¿Y su retraimiento? ¿Y sus malos modos conmigo?

—¡Calma, mujer, calma! Vamos a ver si podemos arreglar algo.

—Hazlo por lo más que quieras en el mundo.

—Lo haré sencillamente por vosotros. No te prometo que dará buen resultado mi intervención; pero sí, en cambio, te aseguro que haré cuanto esté a mi alcance.

—¡Tú no sabes cuánto te lo agradezco!

—No tienes nada que agradecerme; para algo somos amigos.

Y se despidió hablando mucho y mal.

\* \* \*

Un día después recibí la visita del marido, buen amigo mío.

—Gracias por haber acudido a mi llamada.

—Hombre, ¿crees que podía desatender tu deseo?

Luego añadió:

—Y te advierto que sé de lo que vas a ha-

blarme, a pesar de lo cual no he querido esquivar este encuentro.

—No esperaba menos de ti.

—Puedes empezar cuando quieras—apuntó.

—Primero que nada, te pido perdón por mi ingerencia en tu vida privada; pero es que tu mujer ha estado a verme, y me ha explicado lo que ocurre entre vosotros...

—Mi mujer, como siempre, haciendo tonterías.

—Hombre, tonterías, no; es una cosa lógica. Ponte en su caso. ¿Quieres contestarme una pregunta?

—Contestaré cuantas me hagas.

—¿Es verdad que tienes un pasatiempo con otra mujer?

—Es verdad.

—¿Y tú crees que eso está bien?

—¡Psh! Ni bien, ni mal.

—Pero ¿no se te ha ocurrido pensar...?

—¿Que mi mujer pueda engañarme también?—interrumpió él.

—Tú lo has dicho.

—Eso es de todo punto imposible; una mujer que pesa ciento tres kilos no puede engañar a nadie.

No supe qué responder.

—Escucha— me dijo con calma—; yo me casé enamorado de mi mujer. Era una chiquilla realmente encantadora. Mira su fotografía en aquel entonces, hace doce años.

—La recuerdo perfectamente—declaré.

—Pues bien; tú no me negarás que entre mi mujer de hoy y mi mujer de aquellos tiempos, la mujer con quien yo me casé, existe una diferencia tan grande como la que puede existir entre un elefante y una cigüeña. Mira—prosiguió—este retrato. Es el de la chica que hoy ocupa mi vacío espiritual. Observa que hay gran parecido de rostro y de cuerpo con mi mujer de aquel entonces, con la mujer que escogí para compañera.

—Es cierto—juzgué, comparando las fotos.

—¿Crees, acaso, que ese parecido es pura casualidad? Nada de eso. La busqué así precisamente porque sigo, aunque tú lo dudes, enamorado de aquella mujer con quien yo me casé, porque quería hacerme la ilusión de que aun estaba conmigo la mujer que llenó mi corazón. Por eso tengo un pasatiempo como tú dices, porque creo que con ello no cometo delito alguno; al contrario, cuando me acerco hoy a mi mujer, a esa humanidad que comparte mi lecho, es precisamente

cuando recibo la impresión de que engaño a la mujer que en un tiempo constituyó mi ilusión y colmó mis ansias, y que la engaño además en unas condiciones absurdas.

Hubo una pausa. Luego prosiguió:

—No sé si me entiendes...


No respondí; pero aquel hombre tenía más razón que un santo.



# Gérmenes







**L**as revoluciones sociales, al igual que las erupciones volcánicas, obedecen a un proceso de larga duración. Para hacer un estudio de ellas es preciso romper la corteza de las apariencias y bucear en las entrañas de los diversos problemas que abarcan. No se improvisa una revolución, como no se puede hacer erupcionar un volcán a capricho. Es preciso haber recorrido paulatinamente todas las fases de ese proceso para que surja el cataclismo. Es, ni más ni menos, que un proceso biológico. Es el mismo fenómeno de la causa natural que produce la tormenta por diferencia de temperatura en las distintas capas atmosféricas.

Se podrá, biológicamente hablando, por este o aquel procedimiento, lograr una precipitación de los acontecimientos en determinados casos, y hacer que la madre aborte; pero no por

eso desvirtuaremos la ley natural que existe, que está allí en el vientre de la hembra, palpitante, respondiendo a los fines para que fué creada.

Las revoluciones no surgen, pues, espontáneamente; tienen, repito, su proceso biológico. ¿Podría determinarse en qué momento preciso se inicia el engendro de una revolución, de la misma manera que un ginecólogo calcularía la fecha en que una mujer quedara en cinta? He aquí el intrínquilis. Acaso comenzaron las revoluciones a fraguarse en el mismo momento en que la sociedad hubo de organizarse sobre un concepto disparatado de la propiedad y el derecho. Quizá hayan hecho germinar la semilla revolucionaria las palabras bíblicas del Creador: «¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?»

Porque no siempre ha de hacer la revolución el mal; alguna vez tenía que llegar el turno al bien. Sin embargo, ¡es tan complejo el tema!...

Al hablar de los tiempos, o mejor dicho, de las épocas pretéritas, solemos comparar y decir con gratitud:

— ¡Qué tiempos aquellos!, otorgando al pasado preferencia.

Ya lo dijo el poeta:

Cuán presto se va el placer,  
Como después de acordado  
Da dolor  
Como a nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

Pero conviene tener en cuenta que aquellos tiempos que nosotros recordamos hoy con nostalgia, pudieran ser los fraguadores de estas revoluciones que en el presente vivimos. Por eso no hay que añorar con pena el pasado, sino estudiarlo a fondo con el corazón, para que nuestros yerros de antaño nos sirvan en el futuro de experiencia y de práctica, y así únicamente podremos alcanzar la perfección social que el hombre hogaño en vano busca, y que habría de ser además la puerta de salida del círculo vicioso en que nos hallamos, en el cual necesariamente han de fracasar sistemas y medidas.

Yo quiero colocarme en esta divagación por encima de los problemas políticos; no defiendo ni a tirios ni a troyanos, porque sólo voy en busca de la verdad. Para la política, solamente podré tener palabras de condenación, frases duras para derechas e izquierdas sin distinción de ma-

tices, por cuanto la política sirve a un partido, y lo que realmente interesa en estos momentos al bienestar del mundo es la colectividad.

La política es farsa, manejos ilícitos, componendas monstruosas, sin otra finalidad que la de medrar a la sombra de ideas que no se sienten ni se respetan. Por eso todo aquél que quiera hacer un estudio serio de los problemas sociales y conservar su integridad espiritual intacta, ha de remontarse por encima de este lodazal inmundo que es el mundillo político, para de esta suerte poder mirar cara a cara los problemas de la sociedad humana, sin influencias perniciosas ni tácticas impuestas. Y así, frente a frente con la vida, luchando noblemente con sus vicisitudes, viviendo la amargura y la miel de sus alternativas, es como puede adquirirse un concepto claro de la realidad de las cosas. Todo lo demás es mentira.

Yo he podido comprobar, y sirva esto que voy a referir de diminuto botón de muestra, cómo unas señoritas, a las que tuve el grato honor de acompañar en su humanitaria labor de recaudación del Plato Unico, exclamaban asombradas, luego de haber visitado las viviendas sórdidas de los humildes:

—¡Cuánta miseria hay en este pueblo!

—¡Oh!—respondí yo—. En este pueblo y en todos los pueblos; tal vez en éste menos que en cualquier otro.

—Como una no sale de los sitios más céntricos.

—Pues conviene—les dije—que no olviden ustedes esto.

Tales reflexiones, de no estar la sensibilidad humana en vías de atrofia, podrían constituir el principio de la labor de neutralización que la sociedad está pidiendo a voces. Porque si hay miseria, nadie más que los opulentos la han creado. Con su avaricia, con su ambición, con su cerrilismo; venda oscura que les ha cegado los ojos del espíritu, no dejándoles ver que con su conducta funesta alimentaban poco a poco el monstruo que un día habría de devorarlos. ¿Sería alguien capaz de negar que el capitalismo pudo haber puesto remedio a los estragos del hambre, sin que ello representara además un sacrificio inmenso para sus dominios? ¿Es que no pudieron crearse a tiempo instituciones benéficas donde todos los menesterosos tuvieran su pan asegurado? ¿Es que nos hemos acordado en Nochebuena o en Reyes de los niños desvalidos que dormían en los portales? ¿Es, acaso, que no hemos invertido

*Barrios*

en vicios y gastos supérfluos mucho más de lo que otros necesitan para comer? Pues entonces, si ello es así, y nadie podrá sostener lo contrario, vamos a hacer acto de contrición y aprestarnos a solucionar con el corazón lo que hoy, por disposición especial de las circunstancias, estamos dilucidando a dentelladas.

Nos encontramos, sin duda alguna, ante un problema universal. Ya no es una cuestión política la que en el mundo se ventila, no; es puramente una lucha de clases; una lucha entre el que nada tiene o tiene poco, y el que tiene mucho o demasiado. Hemos, pues, de procurar que todos tengan algo, y desechar de una vez para siempre la hipótesis absurda de los que pretenden demostrar que la tierra sólo ha de producir para unos cuantos.

En el atolladero en que nos debatimos no vemos otra salida que la humanización del capital: que el dinero cumpla su función social de un modo perfecto, y que se establezca un concierto equitativo entre los factores básicos para la vida y engrandecimiento de los pueblos; a saber: el Capital y el Trabajo.

Y es que la sociedad universal vive de espaldas a la Naturaleza, sin darse cuenta de que ella

es fuente de verdad. Siguiendo los principios sabios de la naturaleza, desembocamos en la solución armónica de los problemas. Imitemos la armonía de los astros, y habremos conseguido la perfección de la Humanidad.

Fijemos nuestra atención en la conjunción armónica que existe entre estos dos elementos naturales: el agua y la tierra; observemos cómo cantando, cantando, el río que discurre vertiente abajo, fecundiza los campos, haciendo brotar de las entrañas de la Naturaleza el fruto sano que es nuestro sustento; veamos cómo la tierra agradece esta generosidad, devolviendo al que la cultiva ciento por uno. Prescindid ahora por un momento del agua. ¿Qué tendréis? El desierto, el desierto con sus llanuras inhóspitas, de muerte. Si suprimís la tierra, tendréis el mar con su egoísmo inmenso y sus tesoros inaccesibles. Es preciso, pues—tal es la fórmula vital—, que exista una combinación proporcionada de ambos elementos para que haya vegetación. Y ¡ay de aquél que intente alterar lo que en la Naturaleza es principio y es sabiduría!...

Esta misma combinación proporcionada ha de existir entre el Capital y el Trabajo para lograr el restablecimiento del equilibrio social que tantas

desdichas nos ha creado. El Capital y el Trabajo han de vivir a toda costa como buenos amigos, porque los pueblos en donde estos factores se han declarado la guerra son, no muy a la larga, pueblos perdidos.

Esta ha de ser la antorcha salvadora que ilumine el sendero de tinieblas por donde la Humanidad a tientas camina.



A la puerta de una lujosa mansión llamó una noche un niño hambriento pidiendo pan.

Desde dentro una voz imperiosa respondió con acritud:

—¡No hay!

El niño desamparado alejóse de la mansión lujosa llorando su miseria.

En aquella casa, desde luego, había pan. Había también servidumbre para los cuidados de un Lulú, de un Terranova y de un Foxterrier.

Muchos años después, en aquella suntuosa mansión de los perros de lujo cometióse un robo. La alarma cundió en los alrededores como era natural. Vino la policía; se practicaron pesquisas; se hizo toda clase de indagaciones. Misterio, enig-



ma. ¿Quién pudo ser? Se hicieron conjeturas y comentarios diversos... Todo en balde.

Nadie pensó en aquella criaturita hambrienta que una noche fría llamara a la puerta pidiendo pan.





# Amor



Nada hay más astuto que una mujer, como no sean dos mujeres; ni nada más estúpido que un hombre, como no sean dos hombres. Por eso la mujer que lucha con su naturaleza para no entregarse a cualquier hombre, se impone el «sublime deber» de amar al que en santa unión sufraga sus gastos. Por eso el hombre cree en el amor; pero no en el amor que pudiéramos llamar *a la orden*, sino en el amor que él despertara. Y es que el hombre no se resigna a creer que la mujer que se enamora de él, puede enamorarse de otro.

El flechazo, la fascinación, el golpe de vista, el poder subyugador, y el clásico «nacimos el uno para el otro», son tonterías gongorianas de un acentuado sabor medioeval. Yo, por lo menos, estoy dispuesto a probar que este sentimiento sobre el que tantas necedades se ha escrito, obede-

*S. Zamora*  
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ce en la generalidad de los casos a la fuerza de las circunstancias, a las exigencias de nuestra disposición orgánica y a nuestra candidez congénita. Y es que somos de barro. *Memento homo* ..

Ha habido eminencia médica que ha afirmado que si el hombre no poseyera glándulas de secreción internas, no sabría amar. Yo añadiría: *El hombre no creería en el amor si la mujer no fingiera amarlo*. Y no es esta una teoría destructiva, no; es la experiencia que todos los problemas de amor ponen en nuestro entendimiento. Donde hay amor, hay dinero, hay interés, porque si la mujer sabe sacrificarse y mostrar abnegación, no lo hace por las ventajas eventuales que un hombre pudiera ofrecerle, sino sobre cálculos precisos, que, aunque algunas veces fallan, no quiere ello decir que no sean por eso el verdadero incentivo.

No se enamora nunca una mujer del sujeto desconocido, si no entra en el cálculo de sus posibilidades la realización de sus sueños; es decir, sin admitir que ese hombre y el que ella espera son una misma persona, porque la mujer siempre espera a un hombre: al marido... Para ser marido, aparte del valor acreditado, es preciso disponer de cartera y alquilar un piso, y mandar a la compra, y tener cocinera, y criar chicos, y otras

complicaciones diversas que sería prolijo enumerar.

Se cree, pues, en el amor, porque se ha tratado de identificar este sentimiento, que es algo absurdo, inmaterial, algo que no se sujeta a normas ni a principios, que no reconoce leyes ni mandatos, ni exigencias, ni conveniencias con la necesidad, o mejor dicho, con los convencionalismos sociales, que han establecido que la mujer ha de vivir en holganza hasta encontrar un hombre que asegure su porvenir.

El amor es algo muy distinto de esta voz de las necesidades domésticas, y muy por encima, desde luego, de los prejuicios sociales. El amor no reconoce ni fronteras ni castas.

Si la sociedad en sus tiempos primitivos no hubiera establecido la familia como núcleo en torno al cual había de agruparse toda esa caterva de parientes que se dedica a torpedearlo a uno por los cuatro costados, nada de particular tendría que ahora se llamara amor, no a la atracción precisa entre el macho y la hembra para la unión indisoluble, sino, por ejemplo, al hecho baladí de tomar juntos un aperitivo. Hoy se dice: «Fulanito y Fulanita se quieren; se casaron o se van a casar». Pues, entonces, se diría: «Fulanito

y Fulanita se aman; los he visto juntos tomando un *vermouth*.»

Puesto el amor en el plano hipotético en que la fantasía humana quiere situarlo, resulta completamente insulso que dos seres que se aman contraigan, porque sea mentira o sea verdad, nada hay más grato que esa sensación dulce, indefinida aun, que se experimenta cuando el hombre se cree enamorado y se sabe correspondido. Nada en la vida puede superar a ese bienestar. ¿Y no es un crimen hundir todo ese tesoro de poesía en el abismo infernal del matrimonio, destructor de ilusiones y esperanzas? ¡Cuántas mujeres casadas, cuántos hombres casados, recíprocamente fieles, recíprocamente abnegados, no se alejan espiritualmente el uno del otro cuanto más cerca parecen!... Y es que el verdadero amor es absurdo, incomprensible, alocado, capaz de acciones asombrosas, incluso para el mismo que las realiza, por cuanto el verdadero amor tiene para nosotros dobleces y modalidades insospechadas. De ahí que veamos a muchos hombres casados haciendo ridículos espantosos que no atinamos a comprender hasta que padecemos el mal.

Coge, lector, un trozo de tierra; trabájalo, riégalo, abónalo, prepáralo, en una palabra, pa-



ra la siembra; toma luego una semilla de una planta cualquiera, déjala caer en el terreno, y la verás germinar; coge otra semilla, déjala caer igualmente, y germinará también. Así germina el amor en el corazón de las mujeres.



Acostumbraba el personaje de esta narración a asistir a una peña de amigos que se reunía a la sazón en un café de poco lujo, pero lo bastante bien situado para hombres recatados que gustaban disfrutar los placeres del sibaritismo sin publicidad ni exhibición. En las peñas de amigos siempre hay, por lo menos, un «blanco» sobre el que caen bromas y apodos, complicaciones y enredos. Frente a este café residía en compañía de su sobrina un ricacho del lugar, propietario de un almacén de ultramarinos instalado en la planta baja del edificio. La sobrina acostumbraba por distracción más que por otra razón a acercarse al mostrador a atender a los clientes. La chica no estaba del todo mal, aunque haciendo honor a la verdad, no tenía rostro de sirena; pero en cambio tenía en su haber el no poseer ningún título de *miss*, y esto, en los tiempos que corremos, aunque no lo parezca, es ya un gran honor.

Pues bien; un buen día uno de los de la peña concibió la idea, cómica por cierto, de hacer creer al idiota de marras que la sobrina del richo de ultramarinos de enfrente estaba interesada por él. El truco, como el engrudo, pegó. Pega siempre, porque nada se ha inventado desde la creación del mundo más vanidoso que un hombre. ¿Quién no lleva dentro un gallo de gallinero? El que sostenga lo contrario, que esconda bien las plumas. Pegó, en efecto, y de forma tal, que no hubo medio al final del cuento de hacer creer al enamorado que todo había sido una broma.

—Pero ¿y las cartas?—preguntaba cuando el enredo vino a aclararse.

—Las escribíamos nosotros.

—¿Cómo íbais a escribirlas vosotros si era letra de mujer?

—Sí, hombre, sí—terciaba uno—; las escribía mi hermana; yo le daba el borrador, y ella las escribía.

—No creo nada de eso, porque he visto un papel escrito por ella, y es la misma letra de las cartas que yo recibía.

—Las mujeres tienen todas la misma letra.

El desenlace encontró grandes dificultades; no así la iniciación de la trama, que tuvo un re-

sultado positivo inmediato. La reacción fué típica. No más lanzada la especie del posible flechazo, todo varió para aquel hombre.

—Pero ¿es posible que esa niña se ha enamorado de mí? —preguntaba.

—Sí, chico; no lo dudes; la has flechado.

—Pero ¿y eso?

—Ya ves; cosas que pasan...

—¿Y qué debo hacer?

—Hombre, pues cortejarla; no seguirla castigando, y quererla mucho; además, ahí hay tela...

Conviene decir que la variación fué de tal magnitud, que hasta la expresión de su rostro no era la misma, después de la grata nueva. Su mirada reflejaba la clásica actitud del hombre que se ve de súbito elevado a una categoría por él nunca sospechada, y que empieza a concederse a sí mismo la importancia que la situación implica, y toda la importancia que dejara de darse en tiempos pretéritos, como si dijéramos *con efecto retroactivo*

Aquella tarde no vino al café; invirtió su tiempo en la esquina próxima al almacén, elegantemente ataviado y tocado con un sombrero cordobés, lo cual daba a la chanza un aspecto

flamenco tan inexplicable como si el sol saliera un día a las cuatro de la tarde.

No cabía duda, a juzgar por los síntomas, que el hombre estaba enamorado. Y lo estaba simplemente porque un amigo le insinuara el interés de aquella muchacha por su retrechera persona. De habérselo dicho ella misma, no podríamos imaginar en qué hubiera parado el idilio. Lo cierto fué que *el de la varela*, a partir de aquel día, anunciador de la grata nueva, no vivió una hora tranquilo; noches enteras sin conciliar el sueño; falta de apetito, adelgazamiento; en una palabra, todos los síntomas de un amor naciente. Solía acercarse a la peña y decir a los amigos con mucha parsimonia:

—Hoy me ha mirado tres veces...

En vista de lo bien que había prendido el juego, se ideó el establecimiento de la consiguiente correspondencia. Recibía ella diariamente una carta; y él, claro está, con la vehemencia que caracteriza a los enamorados, se pasaba el día escribiendo pliegos y más pliegos. Tenía aquella broma el encanto de darnos pie para imaginar las cincuenta mil reflexiones y preguntas que la interesada se haría recibiendo una correspondencia a medias, coordinada con el contenido de las

cartas que él recibía de «ella», que éramos nosotros, y también la satisfacción y la amenidad que nos proporcionaba aquel pasatiempo divertido.

Algunas cartas lo alentaban a que se acercara al mostrador cuando ella estuviese en la tienda con pretexto de comprar alguna bagatela, y poder así cambiar unas palabras. Así lo hizo el «amante de Teruel»; pero siempre le falló como era de esperar la combinación. No obstante, no tienen número las cajas de betún que hubo de adquirir como coyuntura. Cuando algún contra-tiempo se producía, acudía a sus amigos:

—Esta mujer es de lo más extraño que he visto.

—¿Qué ocurre?—preguntábamos sus amigos.

—Pues que me dice en una carta que entre a comprar para cambiar unas palabras, y cuando intento entablar conversación, me deja plantado diciéndome: «¡Bueno... buenol!...»

—Eso no tiene importancia, hombre.

—Es que tú no conoces a las mujeres—apuntaba otro.

—A lo mejor es que el tío está amoscado.

—Nada, hombre; no hay que achicarse; el que la sigue la consigue.

Aquel juego de las cartas duró algún tiempo. Un día acordóse por unanimidad dar remate a la odisea. Una carta decidió el asunto. Este era su texto: «No podemos continuar en esta situación. Es preciso que hoy mismo hables a mi tío para ver de formalizar nuestras relaciones».

Nuestro hombre volvió a ponerse la varela. Acompañémosle en su tribulación. Marchó calle arriba, muerto de miedo; llegó a la puerta del almacén, y sus piernas le flaquearon; se encomendó al santo de su devoción; entró; salió; volvió a entrar, hasta que un dependiente le preguntó:

— ¿Desea Vd. algo, señor?

— Quisiera ver al dueño.

— Muy bien; sígame.

— Este señor — dijo el dependiente — desea hablarle.

— Usted dirá.

— Pues... yo... Usted comprende... Claro... Vamos... no sé...

— Pero ¿qué canastos me cuenta Vd.? — interrogó el viejo, enfurecido.

— Mejor será que vuelva otro día...

— Otro día, ¿eh?

— Es que... Cállese Vd... no se enfade... Quería decirle que su sobrina y yo...

— ¿Mi sobrina? ¡No estoy enterado!

Luego añadió:

— ¡Niña! Baja a ver lo que dice este Mazantini...

La niña bajó. Ver no más *al de la varela* fué como si hubiera visto al diablo en persona. Sin poder contener su indignación, atinó a exclamar:

— ¡Jesús! ¡Qué hombre más repugnantel...

El viejo:

— ¿Usted ve?...

— No comprendo, francamente.

— ¡Váyase de aquí, hombre!...

— Sí, sí; váyase — recalcó ella.

\* \* \*

El primer embate fué algo serio. «Vareleta» estaba inconsolable; se había enamorado de verdad de aquella mujer; lloró amargamente su desventura...

— ¿Por qué me habéis hecho eso?

— ¡Cálmate, hombre, que no es para tanto! Queríamos demostrarte que el amor, en oposición a tu tesis, es puramente un fenómeno cerebral. El hecho nimio de anunciarte que esa muchacha, que no sabía ni que tú existías, se interesaba por

ti, bastó para hacerte caer en este ridículo, y para que tu corazón se sintiera atravesado por el dardo de Cupido. Pero todo eso es romanticismo. Ni hay tales dardos, ni Cupido existe, ni el amor es lo que creemos. Ahora mismo yo pudiera someterte a otro experimento, y ¡vive Dios! que voy a hacerlo para devolverte a tu sano juicio y a tu tranquilidad espiritual.

—¿Conmigo? Conmigo no hacéis vosotros más experimentos.

—Déjate de sandeces y escúchame. Esta noche vas a ir conmigo a cierto sitio de la calle de tu Dulcinea, por la trasera del almacén, para que contemples una escena que te curará por completo de tu manía.

\* \* \*

Los amigos fueron; esperaron una media hora. Entró la niña en su alcoba, al fin. Desde donde estaban colocados veían a través de una hendidura de la ventana la imagen de la Dulcinea reflejada en un espejo que se hallaba a la derecha de la ventana.

La escena comenzó.

—Ven acá; mira.

*El de la varela* curó radicalmente.



La sobrina del tendero se entretenía en arrancarse con los dientes las uñas de los pies.



Nadie hubiera sido capaz de sostener que aquel hombre y aquella mujer no se amaban con frenesí. Veíaseles juntos por todas partes: en el cine, en la plaza, en el café, en la iglesia.

Agotadas, al fin, las diez mil tonterías que realizan los enamorados, decidieron casarse, que es la tontería mayor; pues ya llevaban cuatro años de noviazgo, y las «amigas», almas caritativas, con muy poca propensión al sacrificio, empezaban a comentar santamente acerca de una especie que circulaba por el pueblo, que nadie sabía de dónde había salido, pero que todo el mundo conocía.

No obstante, los vecinos hubieron de soportar cuatro meses más los mismos diálogos empalagosos que sostienen un hombre y una mujer cuando padecen ese mal fugaz que se llama amor.

Enamoraban por ventana alta, siguiendo la tradicional costumbre de aquel pueblo estúpido que llegó a creer en la elevación de la mujer como recurso hábil para la total rehabilitación del *sexo femenino*.

Podréis colocaros, mujeres, más alto aún; pero la «jugada bíblica» que hizo una de vuestras cofrades a nuestro padre Adán, es un estigma que no os quitará de encima la altura de vuestras ventanas, ni los tacones de Luis XV.

Recordad que aparecísteis a ras de tierra en forma de serpiente en tiempos remotos. Descended, pues, de las alturas, damas mías, que los tejados se han hecho sólo para los gatos y para evitar que nos llueva encima.

Sois pecadoras—lo dice hasta la Historia Sagrada—, y en diciéndolo la Historia, huelgan los disimulos.

Una noche, volviendo a nuestros carneros, hubo en el vecindario una especie de conspiración antipasional. Los inquilinos de las residencias próximas no podían soportar por más tiempo aquellos diálogos almibarados que les amargaban la existencia. Véase la muestra.

—Nenita, nenita mía.

—¿Qué quieres, pichón?

—¿Por qué me dices pichón?

—Es una caricia.

—Sí, pero esta mañana me dijiste «pichoncito»...

—¡Pichoncito!...

—Te noto algo raro esta noche. ¿Qué tienes?

—¿Que voy a tener?

—Esta tarde me miraste poco.

—No digas eso; te miré como siempre.

—Sí, pero no sé; no me miraste como otras veces...

—¿Como otras veces? No seas tontín; te miré igual que siempre.

—Parece que otras veces me has mirado con «otra cara»...

—No seas tonto.

—¿No me quieres ya?

—¿Tú no lo sabes?

—Sí, pero dímelo; quiero que me lo digas.

—Te quiero con locura; más que a mi vida; más que a todo en el mundo.

—¡Feucha!

—¡Monín!

—¡Encanto!

—¡Vidita!

\* \* \*

Casáronse al fin. Gracias a ello no hubo que lamentar desgracias personales; mas, como cuando el diablo nada tiene que hacer, mata moscas con el rabo, algo terrible ocurrió. Un incidente

inesperado que vino a confirmar los rumores que un día circularan por el pueblo. Súpose más tarde, incluso con todo género de detalles, el accidente que produjo la mutilación que le imposibilitaba para desempeñar el ejercicio de su nuevo estado.

No hubo con tan nefasto motivo, luna de miel, y sí divorcio; divorcio rápido y ruidoso. Las «comidillas» inundaron los recintos más aislados. ¿Qué pasaría?

En aquel clamor los únicos que tenían razón eran los vecinos. ¡Que para esto hayamos estado cuatro años y pico soportando estupideces!

La situación de aquel hombre no pudo ser más embarazosa. La primera noche pudo defenderse con mimitos y halagos; pero pasado que fué el primer momento, la crisis se acentuaba; porque en el matrimonio ocurre lo que en todas las transacciones mercantiles: que llega la hora de puntualizar, y entonces hay que tener los triunfos en la mano, bien seguros, porque de lo contrario se pierde el negocio. El marido del cuento no pudo puntualizar. Y a una mujer, un hombre que no puntualice, no le hace gracia maldita.

Al día siguiente el «pichoncito» hubo de confesar su desintegridad.

—¿Por qué no me dijiste «eso» antes?—inquirió ella, autoritaria.

—No me atreví, vídita...

—¡No te atreviste! ¿Y por tu cobardía estropeas así la vida de una mujer joven? ¿Qué derecho tienes a hacer eso?

Y rompió a llorar.

—Ninguno—declaró él—; yo sé que ninguno. Temí perderte... Te quería... Yo creí que no te importaría; que habría algo entre nosotros más puro y más santo que todo eso; pero veo que me he equivocado. Perdóname.

\* \* \*

En la silenciosa soledad de aquella mansión lujosa oyéronse tan sólo aquella noche los pasos lentos del hombre que partía sin rumbo. En la alcoba, estuche de seda que aun conservaba la nítida blancura—símbolo de pureza—de una rosa sin abrir, los sollozos de una linda criatura, a quien pesaba sobre su corazón, como una losa de plomo, el encanto frágil de su virginidad...

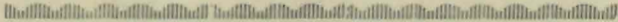
*Barbaro*  
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008



# A modo de epílogo







**P**ronunciaba un discurso el autor de este libro ante el micrófono del Radio Club Tenerife una noche del mes de agosto del año 1936.

Un médico amigo del orador, con escasos conocimientos de radiodifusión, entreteníase en hacer girar las perillas de un aparato de radio instalado en la Casa de Socorros, buscando al azar una estación.

Una de las veces logró captar por casualidad la onda de la emisora antes mencionada. Por defecto del aparato receptor no reconoció la voz de su amigo; tampoco supuso que podía ser la emisora local.

Oyó con deleite el resto del discurso, haciendo comentarios en las pausas acerca de quién podría ser el conferenciante. Llegó en su desorientación a suponer que se trataría de algún «personaje de la política española» que desde la Penín-

sula dirigía la palabra al mundo en favor del movimiento nacionalista.

A medida que el discurso iba desarrollándose, el interés y entusiasmo del galeno fueron aumentando. No dejó que nadie manipulara el aparato por temor de perder la onda.

Por último el discurso tocó a su fin. El médico radioyente terminó por emocionarse. Cuando el *speaker* se acercó al micrófono para decir el nombre del orador, el galeno intrigado impuso silencio.

El *speaker* dijo:

—Acaban Vds. de oír al Secretario de la Junta de Turismo, don Eduardo Garavito.

Nadie podría describir el gesto de marcada decepción que se dibujó en el rostro del médico al oír ese nombre...

Fulminantemente comentó:

— ¡Hombre! ¡No me fastidies!...

\* \* \*

Lector: comencé formulándote un ruego, y quiero terminar de igual suerte: que me acojas sin escrúpulos, *a pesar de mi nombre*, en el reino de tu indulgencia. Mi obra poco vale, lo sé; no tiene otro mérito que ser el fruto de unas horas de

trabajo robadas al sueño y al descanso. Con ello no he perseguido otro objetivo que poner mi buena voluntad enteramente a tu servicio. Si, en efecto, he logrado entretener tus ocios durante unos pocos días, acuérdate de que a este humilde pecador le interesa el estímulo de tu aprobación.

EL AUTOR.





# A España

Los hombres son hombres cuando  
luchan por el honor patrio; bestias,  
cuando se olvidan de él.

*Baranito*



Concebido y editado este libro en unos momentos de espantosa tragedia, sería indiferencia injustificable, aun teniendo en cuenta la naturaleza de aquél, no dedicar unos párrafos a esta hora amarga que vivimos.

Ahora bien; me interesa hacer constar que al llenar estas páginas finales no lo hago por corrección; es decir, porque me solivianta el pecado de la indiferencia; yo lo hago porque una fuerza superior me induce a hablar de España, MI PATRIA, con todo el fervor de mi santa devoción por ella. Es, pues, en mí una cuestión de sentimiento, por cuanto esa fuerza superior de que hablo no es otra que la necesidad que albergo en mi pecho de escribir acerca del movimiento español con todo el calor y la emoción que infunden las empresas gigantes, las gestas sublimes de que tan lleno está el libro de nuestra Historia.

Mucho se ha hablado y escrito en torno al fundamento jurídico de este movimiento nacional iniciado merced a la entereza de un hombre, ¡de un genio!, que tuvo la gran virtud, por fortuna de todos los españoles que nos hallamos a su lado, de ir sintiendo, uno a uno, en sus fibras más sensibles, todos los dolores y las vergüenzas por que paulatinamente fué pasando nuestra madre Patria en manos de unos políticos perversos que sintieron regocijo en escarnecerla en una medida inconcebible.

Cada ultraje recibido fué como un dardo clavado en el corazón magnánimo de ese hombre, ante cuya imagen hemos de descubrirnos con recogimiento y gratitud.

Mucho se ha hablado y escrito —repito— en torno al fundamento jurídico del movimiento nacional; pero tenemos tan cerca la razón legal; son tantas las pruebas acumuladas en nuestro haber; es tanta la fuerza moral que nos asiste, que yo me pregunto a veces por qué hemos buceado en el fondo de tales problemas buscando justificación y explicación a lo que por sí solo se explica y justifica.

¿Es que los dirigentes del frente popular, ellos mismos, no preveían las consecuencias de su fu-



nesta actuación? ¿Es, acaso, que ellos mismos no vaticinaban un fin próximo a sus desmanes? ¿Es que ellos mismos no tenían la evidencia absoluta de que aquel estado de cosas creado por el frente popular tenía forzosamente que terminar? Y si ello es así, ¿qué mejor fundamento jurídico podemos exhibir?

Haced a cualquier hombre liberal, incluso a aquellos que abominan de las Dictaduras, la siguiente pregunta si queréis convencerlos de que no hemos pecado: ¿De quién es la culpa?

No hay efecto sin causa. No hemos, pues, hecho otra cosa que obrar impelidos por la fuerza de las circunstancias, lo cual viene a explicar de paso, la excesiva duración de las corruptelas políticas de aquellos gobernantes inmorales. Y si después de todas estas poderosas razones resultare aún que el movimiento nacionalista está envuelto en una nebulosa antijurídica, tampoco puede imputárse nos a nosotros esa falta; pues sobre nadie que no sean los dirigentes de la política nefasta del frente popular podrá caer la responsabilidad. Si España arde en esta hora trágica entre las llamas de la guerra civil más espantosa que registran los anales de la Historia, nadie más que ellos son los culpables. Por ineptos, por

miserables, por ambiciosos, por traidores, llevaron España al fracaso más ruidoso, en la plena convicción de que no lograrían reparar jamás el daño causado. ¿Y por qué lo hicieron? ¿Acaso impulsados por esa fuerza subyugadora que atrae al tapete al jugador desafortunado que piensa en resarcirse? No. ¡Mil veces, no! Lo hicieron únicamente, exclusivamente, porque a aquellos políticos perversos les aterraba la idea de volver al anónimo de donde procedían y del que jamás, para bien de España, debieron haber salido.

Nosotros luchamos, es verdad; estamos en pie de guerra; pero lo hacemos con la seguridad más categórica en el triunfo, o mejor dicho, en la salvación de España; pero ellos, los rojos, los mercenarios de Rusia, los antiespañoles, ¿por qué luchan? ¿Por qué resisten cuando no abrigan ni una remota esperanza de triunfo?

Lágrimas de sangre llora nuestro corazón por todo el dolor de España, pues en lo más recóndito de nuestro ser tienen repercusión sus muchas tribulaciones, y además, porque hacemos de su angustia nuestra angustia, y de su cruz, nuestra cruz; pero siempre es preferible sufrir e incluso morir juntamente con ella, si preciso fuera, ayudándole a desembarazarse de sus cadenas, a con-

sentir inactivos que España se convierta en una zona de cultivos comunistas bajo los auspicios inmediatos de la Rusia asiática. Antes de que así sea, morir es más honroso.

Soy un hombre de amplio criterio; admito cuantos yerros puedan cometer mis semejantes con la misma indulgencia que perdono los míos propios; mas no encuentro palabras de condenación bastante para censurar el gesto de unos hombres que reconocieron sus errores, que hicieron incluso profecías sobre las consecuencias que su conducta iba a acarrearles, y, sin embargo, cuando esas consecuencias surgen, cuando la realidad se les coloca delante como diciéndoles: «Mirad lo que habéis hecho», no sienten el menor escrúpulo de conciencia, y en lugar de dar paso a los que aun no se habían olvidado de España, se obstinan en seguir apegados a sus procedimientos catastróficos, a sabiendas de que con ello no conseguirían otra cosa que hundir más aún en el abismo el solar patrio donde nacieran.

\* \* \*

Nuestros enemigos han invertido cantidades fabulosas en el Extranjero defendiendo su causa maldita. Tenían necesidad de ello. De no haber

recurrido a esa propaganda falaz, poco ambiente favorable hubieran encontrado en Europa. Nosotros, en cambio, no sólo no hemos invertido dinero en propagandas, sino que además, seguros de nuestra rectitud, no hemos reparado en arma tan poderosa, a pesar de lo cual, el apoyo moral de los países que marchan a la cabeza de la civilización no nos ha faltado un instante. ¿Por qué? ¡Ah! Razones miles podríamos exponer; mas no lo estimamos necesario a estas alturas. Nos basta con saber el pesar de aquellos países que incurrieron en el error tremendo de patrocinar las iniciativas rojas emanadas directamente del gobierno bolchevique de Moscú; nos basta, repetimos, con esa trayectoria de enmienda en favor de nuestra causa, que es una causa universal y con el hecho elocuente de comprobar que la separación de los dos bandos, el deslindamiento de los dos campos, rojos y antirrojos, ha tenido su repercusión matemática en los ámbitos del mundo.

Ahora lo importante es que España, libre de sus mordazas, redimida de su esclavitud, vuelva a ser grande, que prospere, que desenvuelva sus actividades vitales en un ambiente sano y honrado; que el capital se humanice; que se creen fuentes de riqueza; que el proletariado tenga un jor-

nal justo y seguro; que volvamos a ocupar nuestro puesto de honor en el concierto internacional, y que la experiencia del pasado nos sirva de faro y Norte en los caminos del progreso.

Envío:

España, por tus glorias pasadas y presentes, por tu prestigio histórico, por tus excelsas virtudes, por el honor imperecedero de tu raza, por la abnegación y el heroísmo de tus hijos, quiero rendirte homenaje prosternándome con verdadera unción ante el General Franco, el más grande de tus soldados.





# INDICE

<u>Capt.</u>	<u>Página</u>
Preámbulo . . . . .	1
1.º— Un ejemplar curioso . . . . .	7
2.º— Paz, palabra vana . . . . .	19
3.º— La vejez y otras cosas . . . . .	25
4.º— El cinismo de Eva . . . . .	33
5.º— Masonería . . . . .	41
6.º— Un paréntesis sentimental . . . . .	47
7.º— Las mentiras de la Historia . . . . .	55
8.º— El orgullo . . . . .	65
9.º— Flaquezas humanas . . . . .	77
10.º— Castidad. . . . .	87
11.º— El detalle imprevisto . . . . .	95
12.º— Amor materno . . . . .	101
13.º— Democracia . . . . .	113
14.º— La política . . . . .	123
15.º— Fidelidad conyugal . . . . .	131
16.º— Gérmenes . . . . .	155
17.º— Amor . . . . .	167
18.º— A modo de epílogo . . . . .	187
19.º— A España . . . . .	193

## CORRECCIONES

<u>Pag.</u>	<u>línea</u>	<u>dice</u>	<u>léase</u>
10	23	propiedad	impropiedad
45	12 y 13	Arquímedes	Arquímedes
54	12	tu	su
76	11	posternarse	prosternarse
159	3	pudieran	pudieron
176	19	Recibía ella	Recibía de ella